
HARLEQUIN
Bianca
SHARON
KENDRICK
SU JOYA MÁS VALIOSA

Editado por Harlequin Ibérica.
Una división de HarperCollins Ibérica, S.A.
Núñez de Balboa, 56
28001 Madrid

Pack 86 Bianca, n.º 86 —diciembre 2015

I.S.B.N.: 978-84-687-7841-9

Conversión ebook: MT Color & Diseño, S.L.

Capítulo 1

Algo había cambiado. Jessica lo notó nada más entrar en el edificio. Había emoción y expectación en el ambiente y la garganta se le encogió con algo que parecía ser miedo. Porque no le gustaban los cambios.

Por fuera, la sede de la cadena de joyerías seguía siendo la misma. Seguía habiendo los mismos sofás mullidos, las mismas velas aromáticas y las mismas lámparas de araña. Los mismos pósters de joyas brillantes tendidas sobre terciopelo oscuro. Fotografías de mujeres que miraban de manera soñadora anillos de compromiso mientras sus guapos prometidos las observaban. Había incluso un póster en el que aparecía ella, apoyándose en un malecón y mirando hacia lo lejos, con un enorme reloj de platino brillando en su muñeca. Clavó la vista en él un instante. Cualquiera que viese aquella fotografía y viese a la mujer con camisa blanca y cola de caballo impecable pensaría que tenía la vida solucionada. Sonrió con ironía. Quien pensase que la cámara nunca engañaba estaba confundido.

Bajó la vista a sus botas de cuero claro que habían sobrevivido al viaje desde Cornwall sin salpicarse, y se acercó al mostrador. La recepcionista llevaba una blusa nueva e iba enseñando el escote. Aquello la sorprendió. El olor a barniz se mezclaba con el de gardenia de las velas. El jarrón con rosas que había encima del mostrador de cristal también parecía nuevo.

—Hola, Suzy —la saludó Jessica, inclinándose sobre las flores para olerlas y dándose cuenta de que no tenían fragancia—. Tengo una cita a las tres en punto.

Suzy miró la pantalla de su ordenador y sonrió.

—Es cierto. Me alegro de verte, Jessica.

—Y yo me alegro de estar aquí —respondió ella, aunque no fuese del todo cierto.

Vivía en el campo y solo iba a Londres cuando era estrictamente necesario. Y, al parecer, ese día lo era. Había recibido un correo electrónico muy enigmático, que la había dejado algo confundida. Por eso se había quitado los pantalones vaqueros y el jersey y estaba allí, vestida de manera profesional, sonriendo. Aunque por dentro estaba sufriendo porque Hannah ya no estaba… pronto se acostumbraría a aquello. Había tenido que acostumbrarse a cosas mucho peores.

Se limpió las gotas de agua del chubasquero y bajó la voz para

añadir:

—¿No sabrás tú qué pasa? ¿Por qué he recibido de repente un misterioso correo, cuando el catálogo nuevo no sale hasta principios de verano?

Suzy miró de un lado a otro.

—Lo cierto es que sí —respondió—. Tenemos jefe nuevo.

Jessica no dejó de sonreír.

—¿De verdad? No sabía nada.

—Es normal, ha sido una operación muy importante. El nuevo dueño es griego. Muy griego. Un playboy de la cabeza a los pies —le contó Suzy—. Y muy peligroso.

A Jessica se le erizó el vello de la nuca, como le ocurría siempre que oía la palabra «griego». La reacción ya no era tan fuerte como un tiempo atrás, pero seguía ahí. Era como uno de los perros de Pávlov, que salivaban siempre que oían una campana.

—No me digas —añadió—. ¿Con peligroso te refieres a que va armado?

Los rizos rojizos de Suzy se movieron cuando esta negó con la cabeza.

—Me refiero a que es muy atractivo, y lo sabe.

Una luz brilló en el mostrador y ella tocó el botón con una uña perfectamente pintada.

—Estás a punto de averiguarlo por ti misma.

Jessica pensó en lo que le había dicho Suzy mientras subía en el ascensor hacia los despachos del ático y se dijo que le daba igual lo guapo que fuese su nuevo jefe. Ya había conocido a otros hombres que rezumaban testosterona y se había quemado por jugar con ellos. Miró su reflejo en el espejo del ascensor. En realidad solo había habido un hombre que había hecho arder todo su cuerpo, que le había calcinado el corazón y el alma y, como consecuencia, Jessica guardaba las distancias con cualquier hombre peligroso y todo lo relacionado con estos.

El ascensor se detuvo y en lo primero en lo que se fijó fue que las cosas también estaban distintas allí. Había más flores, pero, además, todo estaba vacío y demasiado tranquilo. Había esperado ver a una pequeña delegación de ejecutivos, pero ni siquiera estaba la secretaria que guardaba aquel santuario. Miró a su alrededor. Las puertas del despacho de dirección estaban abiertas. Se miró el reloj. Las tres en punto. ¿Podía entrar y presentarse? ¿O quedarse allí y esperar a que alguien saliese a buscarla? Todavía estaba dudando cuando una voz con acento extranjero la sobresaltó.

—No te quedes ahí, Jess. Entra. Te estaba esperando.

Se le encogió el corazón y pensó que se había vuelto loca. Se dijo que todas las voces mediterráneas sonaban parecidas y que no podía

ser él. ¿Cómo iba a reconocer una voz que no había oído en años?

Estaba equivocada. No podía ser.

Entró en el despacho y se detuvo en el centro de la enorme habitación. Y se dio cuenta de que no había ninguna confusión.

Era él.

Loukas Sarantos, sentado frente a un enorme ventanal con vistas a la ciudad, como si fuese el amo de todo lo que tenía delante. Estaba sonriendo de medio lado. Tenía las largas piernas extendidas bajo el escritorio y las manos apoyadas encima, como enfatizando que todo le pertenecía. Jessica estudió sorprendida el caro traje negro que llevaba puesto y se sintió todavía más confundida. Porque Loukas era guardaespaldas. Un guardaespaldas de alguien importante, que llevaba ropa que hacía que pasase desapercibido, no que resaltase. ¿Qué estaba haciendo allí, así vestido?

Para ella siempre había sido un hombre prohibido, desde el principio, y era sencillo entender por qué. Podía intimidar a cualquiera con una mirada de aquellos ojos negros. No se parecía a nadie que hubiese conocido antes. La hacía desear cosas que nunca antes había querido, y cuando se las había dado, le había hecho desear todavía más. Era peligroso. Loukas era la noche y ella el día. Y Jessica lo sabía.

Se le nubló la vista un instante y deseó que su presencia la dejase fría. Que no fuese nada más que un recuerdo remoto de otra época y otra vida.

Loukas apoyó la espalda en el sillón de cuero negro, que brillaba como el pelo que se le rizaba a la altura de la nuca. Su sonrisa no transmitía alegría y a ella le causó un escalofrío. La estaba mirando fijamente y, por un instante, Jessica pensó que iba a desmayarse, y una parte de ella le dijo que tal vez fuese buena idea. Si se caía al suelo, tal vez pudiese escapar de allí. Tal vez él llamaría a urgencias y su imponente presencia se diluiría en presencia de otras personas.

Pero la sensación pasó enseguida y, como llevaba toda la vida ocultando sus emociones, fue capaz de mirar a su alrededor con gesto de curiosidad y decir en tono casi natural:

—¿Dónde está la secretaria que suele haber aquí?

Aquello pareció molestarlo. Se inclinó hacia delante y respondió:

—Ocho años. Han pasado ocho largos años desde la última vez que nos vimos, ¿y lo único que me preguntas es dónde está la secretaria?

Su seguridad la puso casi tan nerviosa como su aspecto. Incluso con el traje hecho a medida desprendía sensualidad. ¿Era ese el motivo por el que ella estaba empezando a recordar sus besos y sus caricias por debajo de la falda con la que jugaba al tenis, y… y…?

—¿Qué estás haciendo aquí? —le preguntó.

Ya no sonaba tan tranquila y no supo si él se habría dado cuenta.

—¿Por qué no te quitas el abrigo y te sientas, Jess? —le sugirió amablemente—. Te has puesto muy pálida.

Ella deseó decirle que prefería quedarse de pie, pero lo cierto era que verlo la había desequilibrado. Y tal vez desmayarse ya no fuese tan buena idea. Si acababa en posición horizontal, sería desconcertante encontrarse a Loukas inclinándose sobre ella. Inclinándose sobre ella como si quisiera besarla… cuando la realidad era que la estaba mirando como si acabase de resucitar.

Se acercó a la silla que él le estaba señalando, se sentó y dejó el bolso en el suelo mientras clavaba la mirada en la suya.

—Estoy… sorprendida —admitió.

—Ya imagino. Dime… ¿Qué has sentido al entrar en la habitación y darte cuenta de que era yo?

Ella levantó los hombros como si no tuviese palabras para responder a aquella pregunta en particular y, aunque las hubiese, no estaba segura de que Loukas quisiese oírlas.

—Supongo que debe de haber algún tipo de… explicación.

—¿A qué, Jess? Quizás podrías ser más específica.

—Al hecho de que estés ahí sentado, comportándote como si…

Él volvió a sonreír de medio lado.

—¿Como si estuviese en mi casa?

Jessica tragó saliva y pensó en lo arrogante que era.

—Sí.

—Es que estoy en mi casa —continuó él, con impaciencia—. He comprado la empresa, Jess. Pensaba que era obvio. Ahora todas las tiendas Lulu son mías, en todas las ciudades, aeropuertos y cruceros del mundo.

Aquello la dejó de piedra. «Céntrate», se dijo a sí misma. «Puedes hacerlo. Se te da bien el arte de estar centrada».

—No sabía… —empezó con naturalidad.

—¿Que fuese tan rico?

—Bueno, eso, por supuesto. Ni que te interesasen las joyas y los relojes.

Loukas unió los dedos de las dos manos y la miró a los ojos color aguamarina. Como de costumbre, el pelo rubio de Jessica estaba impecablemente peinado y él recordó que, incluso después de haberse acostado con ella, su pelo siempre había parecido volver solo a su sitio después. Estudió el brillo rosado de sus labios y se estremeció. Jessica Cartwright. La única mujer a la que no había podido olvidar. Su pálida e inesperada némesis. Espiró lentamente y la recorrió con la mirada, porque se había ganado el derecho a mirarla como a cualquier otro bonito objeto que acabase de comprar.

Como siempre, iba vestida de manera clásica y fría. Tenía el cuerpo atlético y nunca le había gustado la ropa provocativa ni el maquillaje

exagerado, su aspecto siempre había sido natural y eso no había cambiado. La fuerza de la atracción que había sentido por ella lo había sorprendido y nunca había podido entender el motivo. En esos momentos se fijó en cómo se ceñía la camisa blanca a sus pequeños pechos y el sutil brillo de las perlas que llevaba en las orejas. El pelo rubio recogido en una cola de caballo enfatizaba sus pómulos marcados. Parecía una mujer intocable y distante, pero era mentira. Porque detrás de aquella fría imagen había una mujer tan superficial y codiciosa como las demás. Una mujer que conseguía lo que quería y después te dejaba casi sin aire, como un pez recién sacado del agua.

—Hay muchas cosas que no sabes de mí —añadió, apretando los labios y sintiendo que se excitaba.

Y muchas otras que estaba a punto de averiguar.

—No lo entiendo… La última vez que te vi eras guardaespaldas. Trabajabas para un oligarca ruso —comentó Jessica, frunciendo el ceño mientras intentaba recordar—. Dimitri Makarov, ¿no?

—Así se llamaba —asintió Loukas—. Yo era el tipo que llevaba la pistola bajo la chaqueta. El hombre que no conocía el miedo. La pared de músculos que podía romper un tablón de madera de un solo golpe.

Se interrumpió y la miró, porque recordaba cómo había recorrido Jessica aquellos músculos con sus largos dedos.

—Pero un día decidí empezar a utilizar mi cerebro en vez de mi fuerza. Me di cuenta de que, si dedicaba mi vida a proteger a los demás, no llegaría muy lejos, y que tenía que mirar al futuro. Algunas mujeres piensan de esos hombres que son casi salvajes, ¿no, Jess?

Esta palideció y apretó los puños sobre el regazo. Loukas se dio cuenta y le gustó. Quería ver cómo se venía abajo.

—Sabes que yo nunca he dicho eso —respondió ella con voz temblorosa.

—No, pero tu padre sí que lo dijo, y tú no te enfrentaste a él, sino que le diste la razón. Fuiste cómplice con tu silencio. La princesita estaba de acuerdo con papá. ¿Quieres que te recuerde qué más me dijo?

—¡No!

—Me llamó matón. Dijo que, si seguías conmigo, te llevaría a la cueva de la que había salido. ¿Lo recuerdas, Jess?

Ella sacudió la cabeza.

—¿Qué hacemos aquí hablando del pasado? —preguntó—. Salí contigo cuando era una adolescente y es cierto que mi padre reaccionó mal cuando se enteró de que éramos…

—Amantes —terminó él en su lugar.

Jessica tragó saliva.

—Amantes —repitió, como si le doliese decirlo—, pero de eso ha pasado mucho tiempo y ya nada importa. Yo… he pasado página, y

esperaba que tú también lo hubieses hecho.

Loukas se hubiese echado a reír si no hubiese estado tan enfadado. Lo había humillado como ninguna otra mujer. Se había entrometido en sus sueños, ¿y pensaba que nada de eso importaba? Pues estaba a punto de demostrarle lo contrario. Que cuando traicionabas a otra persona, antes o después eso se volvía contra ti.

Tomó un bolígrafo de oro que había encima del escritorio y empezó a hacerlo girar entre sus dedos sin apartar la mirada de ella.

—Tal vez tengas razón —le dijo—. No deberíamos pensar en el pasado, sino en el presente. Y, por supuesto, en el futuro. O, lo que es más importante, en nuestro futuro.

Vio cómo Jessica se ponía tensa. ¿Sabría lo que la esperaba? Debía de saber que, en su situación, lo normal sería despedirla lo antes posible.

—¿Qué pasa con nuestro futuro? —preguntó ella, poniéndose a la defensiva.

—¿Cuánto tiempo llevas trabajando en la empresa, Jess?

—Estoy segura de que ya lo sabes.

—Tienes razón. Lo sé. Tengo tu contrato delante de mí —admitió, bajando la vista y volviendo a levantarla—. Empezaste a trabajar para Lulu justo después de dejar la carrera de tenista, ¿verdad?

Jessica no respondió inmediatamente por miedo a delatarse. No quería mostrar nada que la hiciese vulnerable ante aquel Loukas tan intimidante. ¿Que había dejado su carrera de tenista? Lo había dicho como si hubiese sido tan sencillo como dejar de ponerse azúcar en el café. Como si no hubiese perdido de repente el deporte al que había dedicado toda la vida, por el que había vivido y respirado desde que era poco más que un bebé. Aquello había dejado un enorme vacío en su vida y, como había ocurrido justo después de que rompiese con él, recuperarse del golpe había sido mucho más difícil. Pero lo había hecho, porque había tenido que elegir entre hundirse o nadar, y poco después también había tenido que empezar a cuidar de Hannah. Así que hundirse nunca había sido una opción.

—Eso es —respondió.

—¿Por qué no me cuentas cómo conseguiste el trabajo? Supongo que eso sorprendió a muchas personas, teniendo en cuenta que no tenías ninguna experiencia como modelo —comentó él, arqueando las cejas—. ¿Te acostaste con el jefe?

—No seas idiota —replicó ella sin poder evitarlo—. Era un hombre mayor.

—¿Si no, te habrías sentido tentada? —inquirió Loukas sonriendo—. Sé por experiencia que las deportistas tienen un apetito sexual voraz. Tú, en concreto, eras espectacular en la cama, Jess. Y también fuera. Nunca te saciabas de mí, ¿verdad?

Jessica hizo un esfuerzo por no responder a aquella provocación, aunque fuese cierta. Sentía que Loukas estaba jugando con ella, como un gato con una libélula justo antes de aplastarla finalmente con sus patas. Pero no tenía elección. No podía marcharse de allí porque no era solo una cuestión de supervivencia, sino de orgullo. Tal vez hubiese conseguido el trabajo de casualidad, pero había ido progresando en aquella carrera que le había proporcionado el destino como compensación por haber roto sus sueños. Estaba orgullosa de lo que había conseguido y no iba a tirarlo todo por la borda en un momento de acaloramiento, solo porque el hombre que le estaba haciendo las preguntas fuese el hombre al que jamás podría olvidar.

—¿Quieres que responda a tu pregunta? —le dijo—. ¿O solo pretendes insultarme?

Él esbozó una sonrisa, solo un instante.

—Continúa —contestó.

Ella tomó aire.

—¿Sabes que me rompí un ligamento y que por eso se terminó mi carrera?

Lo miró esperando ver comprensión en sus ojos, pero no la encontró. Lo vio asentir sin ningún signo de compasión.

—Oí que te habías lesionado justo antes de un torneo muy importante.

—Sí. Evidentemente, se le daba mucha publicidad. Y yo…

—Tú estabas al borde del éxito internacional —la interrumpió Loukas—. Esperabas ganar al menos un Grand Slam, a pesar de tu juventud.

—Es cierto —admitió ella sin poder evitar emocionarse en esa ocasión.

Por mucho que se dijese que había cosas mucho peores que perder una carrera, no podía dejar de pensar en todo el dolor y tiempo empleados. En los amigos y las relaciones que había perdido por el camino. En los silencio de casa y en el modo en el que su padre la había presionado. En los innumerables sacrificios y en la sensación de que nunca había sido lo suficientemente buena. Y todo se había terminado con una rotura de ligamentos, mientras corría por la pista hacia una bola a la que no iba a llegar.

Tragó saliva.

—Los periódicos sacaron una fotografía mía en la que salía de la rueda de prensa que di justo después de dejar el hospital.

—¿Y?

La repentina interrupción llevó a Jessica de vuelta al presente y clavó la vista en el bello rostro aceitunado que tenía delante. No pudo evitar desear volver a tocarlo y sentir la rugosidad de su mandíbula. Se preguntó si Loukas no podría hacer desaparecer el malestar que

estaba sintiendo con uno de sus increíbles besos y hacer que todo pareciese estar bien, pero sabía que dejar ver su debilidad era el mayor error que podía cometer, sobre todo, ante Loukas, que estaba entrenado para aprovechar la debilidad y explotarla.

—Lulu se fijó en que, en la fotografía, yo llevaba un reloj de plástico —continuó ella—. Y dio la casualidad de que iban a lanzar un reloj nuevo, deportivo, para adolescentes, y yo era la imagen ideal para su campaña publicitaria.

—A pesar de que no tienes una belleza convencional —observó él.

Jessica lo miró a los ojos oscuros, decidida a no demostrar su dolor. Al fin y al cabo, era la verdad.

—Lo sé, pero soy fotogénica. Tengo esa curiosa alquimia de pómulos marcados y ojos separados que hace que le guste a la cámara, al menos, eso fue lo que me dijo el fotógrafo. Hace mucho tiempo que me di cuenta de que soy más guapa en las fotografías que en la realidad. Por eso me contrataron. Y, sorprendentemente, la campaña fue un éxito. Poco después, mi padre y mi madrastra murieron en la avalancha y yo pienso que les di pena, por eso siguieron utilizándome en las campañas publicitarias.

—Siento lo de tu padre y tu madrastra —le dijo Loukas—. Son cosas que pasan.

—Sí, lo sé, pero también sé que, si yo no hubiese ayudado a vender relojes, no seguiría aquí después de tantos años. Ese es el motivo por el que han seguido renovando mi contrato.

—Pero ya no eres una adolescente, y ya no representas a ese grupo de edad.

Aquello la puso nerviosa. Se dijo que tenía que olvidarse de que habían sido amantes y de lo mal que había terminado su relación. Tenía que tratarlo como habría tratado a cualquiera de sus jefes, hombre o mujer. «Sé agradable con él. Es tu patrocinador. Conquístalo».

—Tengo veintiséis años, Loukas. Tampoco soy tan mayor —le respondió, consiguiendo sonreír de manera encantadora—. A pesar de que estamos en una época en la que todo el mundo está obsesionado con la juventud.

Él se puso tenso un instante, como si hubiese reconocido su ofensiva y no le gustase que intentase camelarlo. Jessica se preguntó si parecería una manipuladora, pero le dio igual, estaba luchando por su trabajo. Y por Hannah también.

—Creo que no estás entendiendo lo que te estoy diciendo, Jess.

Ella se dio cuenta de repente por qué estaba allí, por qué había recibido aquel enigmático correo electrónico. Y por qué tenía Loukas su contrato encima de la mesa. Era el dueño de la empresa y podía hacer lo que le complaciese. Estaba a punto de comunicarle que no iba

a renovar su contrato. ¿Qué iba a hacer, si era una jugadora de tenis retirada sin ninguna cualificación real? Pensó en Hannah y en su matrícula de la universidad, en la pequeña casa que había comprado después de haber pagado todas las deudas de su padre, en todas las dificultades y en todo el sufrimiento por los que había tenido que pasar hasta conseguir la relación que en esos momentos tenía con su hermanastra.

Sintió un escalofrío y rezó porque Loukas no lo percibiese.

—¿Cómo te voy a entender, con lo enigmático que estás siendo? —le preguntó.

—En ese caso, debería ser más claro —respondió él, golpeando el contrato con las puntas de los dedos—. Si quieres que renueve tu contrato, tendrás que replantearte tu actitud. Tal vez deberías comenzar por ser más agradable con el jefe.

—¿Ser agradable contigo? —inquirió—. Si eres tú el que te estás comportando de manera hostil desde que he entrado en el despacho, y todavía no me has dicho lo que quieres.

Loukas giró la silla y apartó la vista del delicado rostro de Jessica para clavarlo en los tejados de Londres. Era una vista que le hacía darse cuenta de lo lejos que había llegado. Desde niño había soñado con salir de la pobreza y la desesperación que habían definido sus primeros años de vida. Había conseguido lo que se había propuesto y había ayudado a su madre a pesar de que… Pensar en aquello le causó dolor, cerró los ojos e intentó reconducir sus pensamientos. Había empezado a ganar mucho dinero trabajando como guardaespaldas de personas ricas. Siempre se había preguntado cómo sería perder un millón de dólares en la mesa de un casino y ni siquiera notar la pérdida, pero se había dado cuenta de que eso de que el dinero daba la felicidad era un mito. Que, en realidad, el dinero solo traía problemas y expectativas, que hacía que las personas se comportasen de una manera odiosa.

Antes de tener dinero nunca le había costado atraer a las mujeres, pero entonces se había preguntado si sería diferente cuando lo tuviese. Apretó los labios. Era muy diferente. Desde que era rico, le habían ofrecido de todo. Le habían preguntado si le gustaba mirar, si quería un trío, un cuarteto… Cualquier cosa que quisiese, solo tenía que pedirlo. No obstante, nada podía llenar el vacío que tenía dentro.

Por eso había decidido que no podía seguir adelante sin cerrar heridas del pasado. Su madre había fallecido. Había encontrado a su hermano. Cerró los ojos un instante al pensar en lo único que le quedaba por resolver. Jessica Cartwright. Apretó los labios. Era un cabo suelto que iba a disfrutar mucho atando.

Volvió a girar la silla. Seguía sentada en el mismo sitio, intentando ocultar su nerviosismo natural, y él disfrutó viendo cómo había

cambiado la situación. Al fin y al cabo, era humano.

¿Hasta dónde estaría dispuesta a llegar para conservar su trabajo? Si le pedía que se metiese por debajo de la mesa, le bajase la cremallera del pantalón y lo tomase con la boca, ¿lo obedecería? Se excitó solo de imaginárselo, pero no quería que Jessica se comportase así. No. Lo que quería en realidad era que fuese complaciente y que desease entregarse a él. Quería tenerla encima, preferiblemente desnuda. Quería ver cómo su mirada se oscurecía y cómo gemía de placer cuando la penetraba. Quería avivar el deseo que había sentido por él y conseguir que no pudiese dejar de pensar en él.

Y, entonces, la dejaría. Como había hecho ella con él.

Le daría la vuelta a la tortilla.

Y ambos serían iguales.

La miró a los ojos.

—Vas a tener que cambiar —le dijo.

Capítulo 2

Jessica tenía el corazón a punto de salírsele del pecho cuando miró a Loukas que, en esos momentos, simbolizaba la oscuridad… y el poder. Era como si tuviese su futuro en la palma de la mano y estuviese a punto de aplastarlo.

Lo vio quitarse la chaqueta y colgarla del respaldo del sillón, y se sintió todavía más desorientada. Su aspecto era… intimidante. En cuanto se remangó la camisa, empezó a parecerse más al Loukas del pasado. Sexy, elegante, dominante. A Jessica empezó a costarle ocultar su nerviosismo.

—¿Qué quieres decir con eso de que tengo que cambiar? ¿Cambiar el qué, exactamente?

Él sonrió con falsedad. De hecho, casi ni sonrió. Jessica se dio cuenta de que estaba disfrutando mucho de aquello.

—Todo —le respondió él—, pero, sobre todo, tu imagen.

—¿Mi imagen? —repitió confundida.

—No puedo creer que nadie haya examinado antes tu campaña publicitaria —continuó Loukas—. Ni se hayan preguntado por qué has continuado trabajando aquí. Todos los años es lo mismo. Por eso he despedido ya a la agencia publicitaria.

—¿Los has despedido? —repitió Jessica con tristeza, porque le gustaba la agencia y también el fotógrafo que empleaban.

—Los beneficios han caído en los dos últimos años —continuó Loukas—. Lo que no tiene que ser necesariamente malo, ya que así he conseguido comprar la empresa a mejor precio, pero sí significa que, a partir de ahora, las cosas tienen que cambiar.

—¿Quieres decir que me estás despidiendo? —le preguntó ella, mirándolo a los ojos.

Él rio suavemente.

—Créeme, Jess, si quisiera despedirte, ya lo habría hecho. Para empezar, no estaríamos manteniendo esta conversación porque para mí sería una pérdida de tiempo, y mi tiempo es oro. ¿Entiendes lo que te quiero decir?

Sí, lo entendía. Pensó que, viendo cómo se comportaba con ella, nadie habría adivinado que habían sido amantes.

Jessica sabía que se estaba comportando así para devolverle lo que ella le había hecho, por haber rechazado su propuesta de matrimonio, a pesar de que aquella había sido su única opción.

No debía permitir que la intimidase, ni que se diese cuenta de que la idea de perder su trabajo la aterrorizaba. Entrelazó las manos y lo miró.

—Entonces, ¿por qué estamos manteniendo esta conversación?

—Porque tengo fama de levantar empresas, y es lo que pretendo hacer con esta.

—¿Cómo?

—Tú ya no eres una adolescente, Jess —respondió él con voz suave —. Y las chicas que compraban el reloj, tampoco lo son. Tampoco eres ya una estrella del tenis. Te contrataron por lo que eras, una chica con talento cuyos sueños se habían visto truncados. Una heroína trágica. Una rubia atlética que seguía sonriendo a pesar del dolor. Las niñas querían ser como tú.

—¿Pero ya no?

—Me temo que no. El mundo ha cambiado, y tú te has quedado igual. Son las mismas fotos, con la coleta y las perlas, los pantalones Capri y las blusas impecables. Es todo muy aburrido.

Ella asintió, tenía el corazón muy acelerado porque le dolía que Loukas le hablase así. Que pudiese resumir su vida en una historia tan triste. Lo miró a los ojos e intentó que no se viese el dolor en su rostro.

—¿Y qué tienes pensado hacer al respecto?

—Te voy a dar la oportunidad de darle algo de aire fresco a tu carrera, y de ayudar a mejorar las ventas de Lulu.

Ella deseó haberse quitado el chubasquero porque estaba empezando a tener mucho calor.

Se imaginó que tenía delante al anterior director.

—¿Cómo?

Él apoyó la espalda en el sillón, como si estuviese completamente relajado.

—Dándote una imagen nueva, que refleje a la mujer que eres ahora y no a la niña que solías ser. Te cambiaremos el pelo, la ropa. Como si fueses Cenicienta. Y después te presentaremos al público. La novia del país ha crecido. Imagínate toda la publicidad que vamos a generar —comentó con los ojos brillantes—. Inestimable.

Jessica cambió de postura en la silla, incómoda.

—Hablas de mí como si fuese un producto, Loukas —dijo en voz baja.

Él se echó a reír.

—Eso es exactamente lo que eres. Vendes tu imagen para promocionar un producto, un producto caducado en estos momentos, me temo, salvo que estés dispuesta a renovarte.

Ella lo miró a los ojos y se sintió triste de verdad. Porque a pesar de cómo había terminado su historia, todavía había una parte de su corazón que pensaba en él con…

¿Con qué?

¿Cariño?

No. La palabra cariño no reflejaba lo que había sentido por Loukas Sarantos. Lo había querido a pesar de saber que no estaban hechos el uno para el otro. Lo había querido más de lo que él había sabido, porque a Jessica la habían educado para ocultar sus sentimientos, y eso era lo que había hecho. Su ruptura le había dolido mucho y, después, cuando había pensado en él, lo había hecho con mucho dolor de su corazón, y otro dolor muy distinto de su cuerpo. ¿Quién no se tumbaba en la cama por las noches alguna vez y se preguntaba cómo habría sido su vida si hubiese tomado un camino diferente?

Pero en esos momentos Loukas la estaba enfadando. Tenía ganas de darle un puñetazo, pero, sobre todo, tenía ganas de besarlo.

Lo miró a los ojos burlones y se dijo que el deseo era lo de menos. Loukas quería cambiarla. Quería convertirla en alguien que no era ella. Y quería hacerlo dejándole claro que había fracasado mientras que él había tenido un éxito espectacular.

Pero, ¿qué era lo que quería ella?

—¿Por qué estás haciendo esto, Loukas?

—Porque puedo —respondió él sonriendo—. ¿Por qué si no?

Y entonces Jessica vio al antiguo Loukas, un hombre que podía quedarse tan quieto y ser tan duro como una piedra.

—No va a funcionar —le dijo—. No me imagino trabajando contigo, lo siento.

—Pues deberías, porque he hecho que mis abogados examinen tu contrato. Si rechazas mi oferta, no te llevarás ninguna compensación. Te marcharás con las manos vacías. ¿Has pensado en eso?

Ella se imaginó a Hannah, feliz en Tailandia y ajena a todo lo que estaba ocurriendo en Londres, pero se agachó a recoger el bolso y se dijo que ya se le ocurriría algo. Había oportunidades de trabajo en su Cornwall natal, no muchas, pero encontraría trabajo. Podría cocinar, limpiar o trabajar en una tienda. Estaba vendiendo bordados localmente y tal vez pudiese ir más allá. Cualquier cosa con tal de no quedarse ni un segundo más en una habitación en la que sentía que se estaba asfixiando. En la que el hombre al que había amado parecía estar disfrutando haciéndola sufrir.

Tomó el asa del bolso.

—¿Por qué no piensas en cambiar tu imagen, en vez de concentrarte en la mía? —le pregunto en voz baja—. Los hombres machistas están pasados de moda.

—¿Eso piensas? —inquirió él—. Siempre me ha resultado una actitud muy efectiva. Especialmente con las mujeres. A casi todas les excita que las trate así. A ti también te gustaba.

Loukas hizo un círculo con su dedo en el contrato y ella recordó

aquel tipo de caricias. Había sido incapaz de resistirse a él, como cualquier otra mujer.

De repente, Loukas levantó la vista y sonrió de manera fría, cruel, como si le hubiese leído la mente.

—Sí —añadió—. Todavía te deseo, Jessica. No me había dado cuenta de cuánto hasta que te he visto hoy. Y será mejor que te enteres de que últimamente siempre consigo lo que quiero. Así que te daré algo de tiempo para reconsiderar tu decisión, pero te advierto que mi paciencia no es infinita. No esperaré mucho.

—Espera sentado —lo desafió ella antes de salir del despacho con el corazón a punto de salírsele del pecho.

Loukas no la siguió, ¿cómo había podido pensar que lo haría?

Jessica sacudió la cabeza mientras salía del edificio, pensando que Suzy había tenido razón. Era un hombre peligroso y todavía más peligrosa era la manera en que la hacía sentirse. Lo mejor sería apartarse de él y del pasado lo antes posible.

Tomó un tren a Cornwall por la tarde. Era enero y hacía frío, llovía.

Apoyó la cabeza en la ventana del vagón y se preguntó si estaba loca por rechazar un trabajo que, durante tanto tiempo, le había dado seguridad. Aunque, seguramente, más locura habría sido ponerse en una situación en la que Loukas tuviese todo el poder.

Tal vez el amor que había sentido por él se hubiese visto reemplazado por una mezcla de ira y frustración, pero lo cierto era que seguía deseándolo. Y no era de extrañar. Al fin ya al cabo, no había estado con nadie después de Loukas. No había tenido otro amante en ocho largos años. Él había sido el primero y el último. Qué ridículo. Qué antiguo. Loukas la había acusado de seguir anclada al pasado, pero no sabía cuánto.

Porque nadie había conseguido hacerla sentir como él. Jessica había intentado tener relaciones con otros hombres, pero todas la habían dejado fría. Miró por la ventana mientras el tren llegaba a la estación de Bodmin, que estaba bañada por la lluvia. Otros hombres no le habían hecho sentir nada mientras que Loukas le había hecho sentirlo todo.

Poco menos de una hora después estaba en casa, pero la pequeña construcción con vistas al Atlántico que era su santuario no la reconfortó aquella noche. La lluvia la golpeó con fuerza al salir del taxi. El sonido del mar era ensordecedor, pero, esa noche, no le gustó oírlo. Esa noche era un sonido que no presagiaba nada bueno.

Y, por supuesto, la casa estaba vacía sin la presencia de su hermanastra. Echaba de menos a Hannah. La echaba mucho de menos a pesar de que su padre había dejado a su madre para marcharse con su amante, que por aquel entonces ya había estado embarazada de Hannah.

El amargo divorcio de sus padres había hecho que Jessica sufriese mucho, y la noticia de que iba a tener una madrastra y una hermanita había hecho que sintiese celos y miedo. Había habido muchas tensiones en aquella nueva familia, pero, no obstante, esta había sobrevivido incluso cuando la madre de Jessica había fallecido poco después. Ella había intentado tener una buena relación con su madrastra y mejorar la que ya tenía con su padre, que era muy perfeccionista. Hasta que, un día horrible, una avalancha había dejado huérfanas y solas a las dos niñas.

Desde entonces, había tenido que escoger entre hundirse o nadar. Habían tenido que salir adelante, porque no habían tenido alternativa. Jessica tenía dieciocho años y Hannah diez cuando un policía llamó a su puerta con gesto sombrío. Las autoridades habían querido llevarse a Hannah, pero Jessica había luchado por su adopción. Aunque lo peor estaba por llegar. Jessica había descubierto que la vida de su padre había sido una mentira y tenía muchas deudas.

Después de vender la casa familiar, casi no les había quedado nada. Aquel era el motivo por el que el trabajo en Lulu la había salvado. Le había dado el dinero necesario para pagar las facturas y, sobre todo, tiempo para intentar ayudar a su hermanastra, que por aquel entonces estaba muy desanimada, como no habría podido hacerlo de haber tenido un trabajo normal.

Había aprendido a cocinar y a plantar verduras. Y a pesar de que el clima de Cornish no era el ideal para tener un huerto, este había unido a las dos hermanas. Jessica había asistido a todas las funciones del colegio de Hannah y siempre había estado a su lado.

Había llorado al despedirla en el aeropuerto de Heathrow justo antes de Navidad, con una bolsa de lona enorme a las espaldas, pero había esperado a que el avión despegase antes de derramar las lágrimas. No solo porque estuviese acostumbrada a ocultar sus emociones, sino porque sabía que era lo que tenía que hacer. Sabía que las despedidas formaban parte de la vida.

Y aquel día le había dicho adiós a una carrera de modelo que jamás había esperado que durase tanto. Era el momento de empezar algo nuevo.

Se mordió el labio mientras la lluvia golpeaba el cristal de la ventana e intentó no pensar en el gesto burlón de Loukas. Ya se le ocurriría algo.

No tenía opción.

Capítulo 3

El destino tenía la mala costumbre de estropearlo todo cuando uno menos lo esperaba y hubo tres acontecimientos que hicieron que Jessica lamentase haber tomado la decisión de alejarse de Loukas Sarantos y de su oferta de empleo. La lavadora y el coche se estropearon, y a Hannah le robaron el monedero mientras estaba en una playa de Tailandia.

Jessica había sentido pánico al oírla llorar por teléfono, pero después había pensado que podía haber sido mucho peor. Y, después de tranquilizarse, solo había sentido frustración. En cualquier caso, todo aquello la obligó a estudiar el estado de su economía. ¿Cómo había podido pensar que podría ganarse la vida vendiendo bordados? Con eso casi no podría pagar ni la factura de la electricidad.

Se quedó frente a la ventana, mirando al mar, y pensó que había otras alternativas. Podía vender aquella casa y marcharse a otra sin vistas, pero aquella era su casa familiar y no quería perderla.

Entonces pensó en lo que le había dicho Loukas, en que no iba a esperar mucho.

Tomó el teléfono, marcó el número antes de que le diese tiempo a arrepentirse y pidió hablar con él.

—Jess —la saludó este—, me gustaría poder decir que me he llevado una sorpresa, pero no es así. Estaba esperando tu llamada. ¿Qué quieres?

Jessica cerró los ojos. Loukas sabía muy bien lo que quería. ¿Iba a obligarla a arrastrarse para conseguirlo? Abrió los ojos y vio cómo una ola chocaba contra las rocas. Iba a tener que tragarse su orgullo.

—He estado pensando en lo que hablamos y, después de reflexionarlo, creo que podría ser una buena oportunidad. Así que he decidido aceptar tu oferta, si es que sigue en pie.

Al otro lado de la línea, Loukas abrió y cerró la mano que tenía libre porque la frialdad de Jessica lo frustraba mucho más que su rebeldía. No obstante, necesitaba tacharla de su lista de tareas por concluir. Tenía que saciarse de ella y después marcharse y olvidarla.

—Loukas —dijo ella—. ¿Estás ahí?

—Sí, sigo aquí. Tenemos que hablar.

—Ya estamos hablando.

—Cara a cara, quiero decir.

—Pero pensé…

—¿Qué pensabas, Jess? —inquirió—. ¿Que no tendrías que volver a verme?

Ella se aclaró la garganta.

—Sí —admitió—. Siempre trataba con la agencia de publicidad y con el estilista, y con el fotógrafo, por supuesto.

—Pues te equivocas. Ahora mando yo y me gusta ocuparme personalmente de las cosas. Tendrás que reunirte con nuestra nueva agencia publicitaria y, para eso, tendrás que venir a Londres. Pediré a alguien que te reserve un hotel.

—De acuerdo —dijo ella, volviendo a aclararse la garganta—. ¿Cuándo quieres que vaya?

—Lo antes posible. Mandaré un coche a recogerte esta tarde.

—¿Tan pronto? —preguntó Jessica casi sin aliento—. ¿Esperas que esté preparada en un par de horas?

—¿Me estás diciendo que no es posible? ¿Acaso tienes otros compromisos?

—Tal vez —respondió sin saber por qué—. Podría tener una cita.

Hubo un silencio.

—En ese caso, cancélala, *koukla mou*.

Jessica se quedó helada al oír aquellas palabras que no había oído en mucho tiempo. Mi muñeca. Se mordió el labio. Loukas se lo había dicho muchas veces, pero nunca con condescendencia. En una ocasión, había temblado de placer cuando se lo había susurrado al oído, pero en esos momentos el significado parecía diferente.

—¿Y si no lo hago? —lo desafió.

—Te voy a dar un consejo: es mejor que no empecemos esta relación con mal pie. Que inicialmente te negases a cooperar me molestó, pero tus jueguecitos están empezando a enfadarme todavía más. No cometas el error de sobreestimar tu atractivo, Jess, y no me presiones demasiado.

—¿Y se supone que con eso… pretendes intimidarme?

—Solo pretendo dejarte clara la situación.

Hubo otro silencio y, de repente, el tono de voz de Loukas cambió y se volvió suave, irresistible.

—¿Tienes una cita esta noche, Jess?

Ella deseó contestarle que sí, pero en realidad no podía imaginarse a otro hombre que no fuese él tocándola. ¡Qué triste era aquello!

—No —admitió.

—*Thavmassios* —dijo en tono satisfecho—. Te veré luego. Ah, y no olvides el pasaporte.

—¿Para qué?

—El nuevo equipo quiere realizar las fotografías en un lugar exótico —respondió Loukas con impaciencia—. Tú trae el pasaporte y ya está. No pretendas que te pida tu opinión antes de tomar una decisión. Las

cosas no funcionan así. Yo no funciono así.

Loukas terminó la llamada y Jessica se quedó frustrada escuchando el silencio. Iba a tener que cambiar de imagen y lo aceptaría para intentar mantener su contrato el máximo tiempo posible, pero no iba a hacer nada más. Sabía lo que quería Loukas, y que no iba a estar escrito en el contrato.

Pero no tenía que acostarse con él.

Cerró todas las ventanas, apagó la calefacción, vació el frigorífico, y dos horas más tarde llegaba una limusina negra a recogerla.

Se sintió desorientada al darle sus bolsas al chófer uniformado y sentarse en la parte trasera. Durante el viaje, intentó leer, pero le fue imposible concentrarse. Su mente la llevaba una y otra vez a lugares a los que no quería ir, y el pasado era aquel destino. Estudió el paisaje por la ventanilla y pensó en Loukas y en cómo este la había observado entrenar incluso antes de que se conociesen.

La cancha de tenis que había en su enorme casa familiar daba a un camino público, y Jessica había levantado la vista desde ella para encontrarse con una figura morena y pensativa. A su padre nunca le había gustado, pero era un lugar público y no había podido echar al guardaespaldas griego. Loukas Sarantos no era de las personas que aceptaban órdenes. Ella también le había tenido un poco de miedo, era difícil expresar con palabras cómo la había hecho sentirse. Había intentado no pensar en él y concentrarse en el hecho de que fallaba más cuando la estaba observando.

—¡Va a destruir tu carrera! —había rugido su padre, y Jessica le había prometido que no saldría con él, aunque Loukas no se lo hubiese pedido todavía.

Y entonces se habían encontrado en el pueblo un día en que su padre había llevado a su madre y a Hannah a Londres y ella se había quedado sola. Se había sentido libre por no tener que jugar al tenis en todo el día, se había sentido temeraria y rebelde, y había ido a comprar chocolate. Había estado a punto de comérselo cuando una voz profunda le había preguntado:

—¿Estás segura de lo que vas a hacer?

Y Jessica había levantado la mirada y se había encontrado con un par de ojos negros, burlones, y entonces había ocurrido algo. Había sentido magia. Había sido como si su corazón ardiese de repente. No recordaba qué se habían dicho, solo que Loukas había flirteado con ella y que ella también había coqueteado sin hacer ningún esfuerzo, de manera natural. En aquellos momentos, solo había pensado en estar cerca de él.

Se había ofrecido a enseñarle la famosa perforación que había en unos acantilados cercanos y que parecía la huella de una bola de cañón. Y habían ido allí paseando mientras Jessica solo podía pensar

en que quería que Loukas la besase. Él debía de haberle leído el pensamiento, porque le había preguntado:

—¿Así que eso es lo que quieres, señorita Tenista?

Y la había tomado entre sus brazos, había inclinado la cabeza hacia ella y había hecho que se perdiese.

Con aquel beso habían sellado un trato del que Jessica no había sido consciente. A pesar de haber deseado acostarse con él desde el primer instante, había esperado, consciente de que Loukas era un hombre acostumbrado a que las mujeres cayesen rendidas a sus pies.

Así que las dos semanas que había tardado en permitirle que tomase su virginidad le habían parecido una eternidad.

Se habían visto a escondidas todo lo que habían podido, pero entonces su padre había encontrado las píldoras anticonceptivas. Y ella, que por aquel entonces solo tenía dieciocho años, no había sido capaz de decirle que aquello no era asunto suyo. Su padre había ido a ver la Loukas, lo había acusado de haberse aprovechado de su hija, y le había amenazado con hablar con su jefe si volvía a verla, pero Loukas se había ofrecido a casarse con ella.

¿Y qué había respondido ella? Que no, porque sabía que él solo se lo había pedido porque era lo correcto, no porque quisiese pasar el resto de su vida con ella. Además, en aquellos momentos su carrera había sido demasiado importante como para ponerla en peligro. Había trabajado desde los cuatro años para convertirse en una campeona, y no había estado preparada para dejar aquello por Loukas.

Pero, al terminarse la relación, a ella se le había roto el corazón a pesar de saber que hacían lo correcto.

Todavía recordaba cómo se había sentido cuando Loukas se había dado media vuelta para marcharse, había sentido un dolor muy intenso, que la había consumido. Aquella había sido la última vez que lo había visto, ¿cómo había conseguido pasar de ser guardaespaldas a convertirse en un magnate internacional?

El coche había disminuido la velocidad y ella se dio cuenta de que estaban en el centro de Londres y de que la limusina iba en dirección al hotel Vinoly, un lugar en el que no se había alojado antes. La empresa solía mandarla a un hotel más grande, el Granchester, siempre que se quedaba en Londres, y no entendió que en aquella ocasión la llevasen allí.

El chófer le abrió la puerta.

—El señor Sarantos me ha pedido que la informe de que hay reservada una habitación a su nombre, y de que puede pedir todo lo que necesite.

Jessica asintió y entró en el elegante hotel, en cuyo recibidor había un sofá rojo de terciopelo con la forma de unos labios gigantes. De una cadena fijada al techo colgaba un sillón, y todas las personas eran

jóvenes de aspecto moderno, vestidos con vaqueros y chaquetas caras, bebían café y golpeaban furiosamente las teclas de sus ordenadores portátiles.

La recepcionista sonrió y le dio una llave y un sobre.

—Han dejado esto para usted —le dijo—. Esperamos que tenga una estancia agradable con nosotros, señorita Cartwright. El botones la acompañará a su habitación.

Jessica no necesitó mirar el sobre para saber de quién era. El corazón se le aceleró al reconocer la escritura de Loukas, que era redondeada y fluida a pesar de que había aprendido a leer y a escribir solo, y que, con diecisiete años, lo único que había conseguido era el carnet de conducir. Aquello era lo único que Jessica sabía de su niñez. La expresión de Loukas siempre se había ensombrecido cuando ella se había atrevido a preguntar, así que no había intentado averiguar más.

Esperó a estar en la habitación para abrir el sobre, y estaba tan concentrada en la lectura que casi no se fijó en la escueta decoración de la habitación. El mensaje de Loukas también lo era:

Espero que hayas tenido un buen viaje. Te veré abajo, en el comedor, a las ocho. En el armario encontrarás un vestido negro. Póntelo.

A Jessica se le secó la boca. Era una petición explícita, que casi parecía sexual. ¿Lo habría hecho a propósito para que se le pusiese la piel de gallina nada más leerlo, para que se derritiese de deseo por él? Jessica se acercó al armario y lo abrió. Dentro había un vestido de un conocido diseñador que, si bien parecía sencillo, estaba hecho de seda, y Jessica se dio cuenta al instante de lo exquisita que era su confección. Pensó que seguro que quedaba muy bonito y, en el fondo, una parte de ella deseó ponérselo. Porque era un vestido sexy. Un vestido femenino. El típico vestido que una mujer se ponía sabiendo que un hombre iba a quitárselo después.

Con el corazón acelerado, se alejó de la tentación y de todo lo que simbolizaba, y miró de manera desafiante sus pertenencias. Loukas no tenía ningún derecho a decirle lo que tenía que ponerse. Ni siquiera había empezado a trabajar para él, y ya se comportaba como si fuese suya.

A las ocho se había duchado y cambiado de ropa, e iba de camino al restaurante. Aparentemente tranquila, anunció su llegada al maître, pero notó que le temblaban las manos mientras este la acompañaba hasta donde Loukas la estaba esperando.

Aquella noche estaba preparada para el impacto, pero, no obstante, su reacción fue la misma. Loukas estaba en la mejor mesa del restaurante y parecía sentirse cómodo en ella. Los ojos le brillaron al verla, pero Jessica tuvo la sensación de que era más de irritación que

de deseo.

Y, de repente, se arrepintió de haberse puesto un vestido color crema que le llegaba justo por debajo de las rodillas. Su aspecto era anodino en comparación con el resto de las mujeres que había en el salón, pero se dijo que era más importante mantener la independencia que mezclarse con aquellas personas. Y, sobre todo, que así le mandaría un mensaje a su examante, y le haría comprender que seguía siendo la misma mujer, por mucho que necesitase el trabajo.

Él no dijo nada hasta que se sentó y le dieron una carta, pero hizo un ademán para que el camarero se alejase y luego comentó en voz baja:

—¿No te había dicho que te pusieses el vestido negro?

Ella lo miró a los ojos, imperturbable.

—A ninguna mujer le gusta que le digan lo que tienes que ponerse, Loukas.

—Siento diferir. ¿Por qué negarse a vestir un vestido muy caro, con el que habrías estado impresionante?

—Porque no quiero tus vestidos caros.

—Entiendo. Y supongo que te has puesto ese vestido tan soso para asegurarte de que no iba a sentirme atraído por ti.

Jessica notó calor en las mejillas. Tal vez no estuviese impresionante con aquella ropa, pero iba arreglada y elegante, y le dolió que Loukas le hablase de aquella manera tan cruel.

—Nunca te habías quejado de mi ropa.

—Porque era joven y me daba igual lo que llevases puesto. De hecho, me preocupaba más quitártelo —le dijo sonriendo—. Cosa que nunca fue un problema.

—Bueno, pues ese tema ya no te tiene que preocupar.

—¿Qué tema? —repitió él divertido—. No seas tímida, Jess. Si estás hablando de sexo, ¿por qué no lo haces directamente?

—De acuerdo, lo haré. Me temo que en la carta no está incluido el sexo.

Él apoyó la espalda en la silla y sonrió.

—Me excita que me desafíes —le dijo—. Sobre todo, porque no lo esperaba.

—¿No?

—No. Pensé que te gustaría ponerte un vestido que a cualquier otra mujer le habría encantado.

—Tal vez, pero yo no soy como las demás.

—No, tal vez no —admitió él—. También me preguntaba si intentarías complacerme o no, y el hecho de que no lo hayas intentado me causa una especie de perverso placer.

—¿De verdad? —preguntó ella, arqueando las cejas—. ¿Y por qué?

Loukas sonrió.

—Porque cuando un hombre tiene delante a una mujer desobediente, intenta domarla. Y eso es algo que me resulta muy emocionante.

Las palabras de Loukas estaban bañadas por un erotismo que Jessica no pudo ignorar. De repente, se dio cuenta de que lo había infravalorado. Tuvo la sensación de que había aceptado mucho más que cambiar de imagen y hacer una campaña de publicidad. Allí sentado, Loukas parecía muy poderoso. Y era como si estuviese jugando a un juego, a un juego que ella desconocía. Porque a pesar de que aquel hombre se parecía a Loukas, para ella era un extraño.

Siempre había sido un extraño, ya que nunca se había abierto completamente a ella.

Pero no había nada en su rostro que lo delatase, su sonrisa era educada.

—¿Piensas que es aceptable que invites a una mujer a cenar y que después hables de domarla?

—¿Acaso no te excita pensar en un hombre poderoso controlando a una mujer testaruda? Porque siempre ha sido una de mis fantasías, mi pequeña Reina de Hielo.

Jessica tampoco reaccionó al oír aquello. Habían empezado a llamarla así el primer año que había jugado al tenis, por ser capaz de ocultar sus sentimientos frente a los oponentes, y a ella nunca le había gustado, aunque a su padre sí que le había parecido bien.

—No me interesan tus fantasías sexuales —le dijo en voz baja a Loukas.

—¿Seguro?

—No. Lo único que me interesa saber es cómo has conseguido hacerte tan rico.

—Ahora, no —respondió él—. Ya viene el camarero. ¿Sabes lo que vas a tomar? ¿Quieres que pida por ti?

A Jessica le molestó que intentase hacerlo otra vez, como lo había intentado con el vestido. Era capaz de pedir su propia comida y se dispuso a decírselo, pero entonces se dio cuenta de lo larga que era la carta y se encogió de hombros.

Escuchó mientras Loukas interrogaba al sumiller con una destreza que no podía haber adquirido de un día para otro. Era extraño verlo así en público, dando órdenes, cuando en el pasado solo las había recibido. Al igual que era extraño verlo con aquel traje tan caro. Cuando volvieron a quedarse solos con dos copas de vino blanco delante, Jessica se dio cuenta de que estaba aturdida. Lo único que sabía era que no podía permitir que Loukas la dominase.

—Entonces, ¿vas a contarme qué te ocurrió para convertir en el hombre que eres, Loukas?

Capítulo 4

Loukas clavó la vista en los ojos color aguamarina de Jessica, que eran más fríos que cualquier piscina en la que hubiese nadado, y se preguntó cómo podía responder a su pregunta. Su instinto lo tentó a contestar que su pasado y su trayectoria profesional no eran de su incumbencia. ¿Sería su riqueza la causa de aquel repentino interés, como ocurría con la mayoría de las personas de su género?

No obstante, en cierto modo, Jessica había sido responsable del dramático giro que había dado su vida. Loukas se había sentido muy dolido al verse rechazado. Había sido un duro golpe tanto para su orgullo como para su corazón, que le había hecho sentirse enfadado y vacío. Y se había jurado que no volvería a permitir que ninguna mujer le hiciese daño.

—Dejé de trabajar para Dimitri Makarov —comentó.

Ella frunció el ceño.

—¿Quieres decir que te cansaste de ser guardaespaldas?

Loukas sonrió como respuesta a su pregunta. Sí, se había cansado de que su vida dependiese de otra persona, de estar siempre en un segundo lugar, de tener que respetar las reglas de los demás. Y de esperar, esperar siempre.

—Había llegado el momento de cambiar —añadió—. No quería continuar toda la vida con lo mismo, y Dimitri estaba tan descontrolado que los dos vivíamos como vampiros. Nunca se acostaba antes del amanecer y, como consecuencia, yo tampoco. Pasábamos el tiempo en los casinos, o volando de país en país, de casino en casino, durmiendo cuando podíamos.

Cuando Jessica lo había dejado, él había intentado buscar consuelo en otras mujeres, pero las había despreciado a todas, diciéndose que no podía confiar en ninguna mujer, ni aunque le dijesen que lo querían.

Entonces, una mañana, había despertado y se había mirado al espejo, pero casi no había reconocido su reflejo y se había dicho que algo tenía que cambiar. O, más bien, que él necesitaba cambiar.

—Había llegado el momento de hacer algo nuevo —terminó—. De tomar un camino nuevo.

Observó a Jessica mientras esta le daba un sorbo a su copa de vino, un vino tan frío y pálido como ella.

—¿Y qué hiciste? —lo interrogó—. ¿Ir a la universidad?

Él rio con amargura, no lo pudo evitar, pero esperó a que les hubiesen dejado los platos en la mesa para responder.

—No, Jess, no fui a la universidad —dijo en tono sarcástico—. Hay personas como yo que no tenemos esa clase de oportunidades. Empecé a trabajar de gorila en una importante discoteca de Nueva York.

Jessica entrecerró los ojos. Y él pensó que parecía decepcionada.

—¿Y cómo fue aquello? —preguntó de manera educada.

—El sueño de cualquier hombre —contestó él.

Y entonces sí que vio sorpresa en sus ojos, y también dolor. Loukas se dio cuenta de que estaba disfrutando, y de que quería hacerle todavía más daño. Quería hacerle el mismo daño que le había hecho ella a él.

—Es en una posición de poder —continuó en voz baja—, en la que puedes rechazar a las personas por mucho dinero que tengan. Y a las mujeres les encantan los gorilas. Era una de las ventajas del trabajo.

Jessica, que había estado jugando con un trozo de calabaza de su plato, dejó el tenedor y Loukas se dio cuenta de que le temblaba la mano. Algo inusual en ella, que le causó todavía más satisfacción.

—¿Supongo que estuviste con muchas? —preguntó.

Él se encogió de hombros.

—Con bastantes.

—Pero siendo gorila no se llega hasta aquí —añadió Jessica—. No se puede llegar a ser el jefe de una empresa como Lulu.

—Eso es cierto —admitió él, tomando su copa de vino y pensando que, un tiempo atrás, había vivido un mes entero con el dinero que costaba aquella botella de vino.

—Entonces… ¿cómo has conseguido todo esto? —insistió ella.

Loukas dio un sorbo.

—Empecé a oír rumores de que Dimitri necesitaba ayuda, y un día su secretaria me llamó y me rogó que volviese, estaba muy preocupada e incluso lloró por teléfono. Así que volví a París para hablar con él, pero había conseguido tanto poder que pensaba que era invencible. Accedió a recibirme, pero no quiso creer las cosas que yo había descubierto acerca de las personas con las que se estaba asociando.

Loukas apretó los labios antes de continuar:

—Dimitri solo escuchaba las cosas que quería oír. Así que decidí marcharme aquella misma noche.

—Pero algo… ¿te detuvo? —intervino Jessica.

—Sí. Me enteré de que su nuevo guardaespaldas estaba relacionado con una banda peligrosa, pero yo tenía más información que nadie acerca de los negocios de mi exjefe. Así que me capturaron cuando iba de camino al aeropuerto Charles de Gaulle.

—¿Te capturaron? —inquirió Jessica—. ¿Qué… qué ocurrió?

Él se encogió de hombros.

—Me pegaron y me amenazaron. Me dijeron que moriría si no les daba la información que querían.

—¿Te dijeron que ibas a morir?

Jessica se había quedado completamente pálida.

—Es la manera que tiene el hampa de sugerir que les digas lo que quieren saber.

—¿Y lo hiciste?

—¿Estás loca? Pensé que me iban a matar de todos modos, así que no les conté absolutamente nada.

Ella lo miró con incredulidad.

—¿De verdad pensaste que ibas a morir?

—Sí. Parece sacado de una película, ¿verdad, Jess?

Esta sacudió la cabeza.

—¿Y qué te salvó?

Loukas se encogió de hombros. Aquella noche, el vino sabía bien. Todo había sabido bien cuando lo habían liberado.

—Dimitri había creído algo de lo que le había contado y había pedido que me siguiesen hasta el aeropuerto. Así que me liberaron y me llevaron a su casa y, cuando vio en qué estado estaba, creo que se dio cuenta de que no podía seguir por el camino que iba. Y me recompensó con diamantes por todo lo que había hecho por él.

—¿Con diamantes?

—Es el dueño de una de las mayores minas de Rusia. Me dijo que aprendiese a amar aquellas joyas, porque eran más fáciles de amar que las mujeres.

—¿Y aprendiste?

Él sonrió.

—Sí. Es fácil amar algo con tanto valor, pero lo cierto es que empezaron a interesarme de verdad. Empezaron a fascinarme. Me gustaba su belleza y su perfección, y pensar que, a pesar de su valor, podían ir escondidas en el bolsillo de un hombre. Me gustaba que siempre aumentasen de valor y me di cuenta del poder que tenían sobre otras personas. Las mujeres están dispuestas casi a cualquier cosa a cambio de un diamante.

—¿Sí?

—Vendí algunos, otros todavía los sigo teniendo y pretendo utilizarlos para el nuevo lanzamiento. No vas a volver a hacer publicidad de relojes, mi muñeca de ojos azules. Vas a llevar mis diamantes, Jess.

Ella se llevó la mano a la garganta, tenía el pulso acelerado.

—Entonces… ¿compraste Lulu solo por casualidad?

—¿Qué quieres decir?

Jessica separó los labios lentamente antes de preguntar:

—¿No compraste Lulu porque yo trabajaba allí?

Loukas rio suavemente.

—¿Tú qué piensas?

—No estoy segura…

Pero Loukas supo que estaba mintiendo. Era evidente que Lulu no le habría interesado tanto si ella no hubiese trabajado allí. Notó que se excitaba de repente. Aquella operación le garantizaba una satisfacción que iba mucho más allá de las meras pérdidas y ganancias.

—Oí que la empresa tenía dificultades y me di cuenta de que podía sacarla a flote. Si renuevas una marca conocida, el éxito está asegurado —comentó sonriendo.

Ella lo miró sorprendida, como si no hubiese esperado aquella respuesta, y eso lo enfadó. «En el fondo, sigue pensando que eres un matón. Un montón de músculos, sin vida propia ni cerebro».

—Aunque tu relación con la empresa hizo que la idea me resultase irresistible —admitió—. Porque quería volver a verte.

Quería comprobar si todavía seguía deseándola con la misma intensidad. Si volver a ver su rostro frío lo dejaba indiferente. La luz de la vela bailó sobre sus pechos y Loukas sintió una ola de deseo tan fuerte que, de haber estado de pie, tal vez lo hubiese tumbado. Porque, sorpresa, sorpresa, seguía deseándola. Quizás todavía más. En esos momentos el deseo lo estaba consumiendo como un fuego recién encendido, y cuando miraba sus labios separados, deseaba inclinarse sobre la mesa y besarla, meter la mano por debajo de su recatado vestido, pasear los dedos por su piel, hacerla llegar al orgasmo y, entonces, alcanzarlo él también.

Apretó los labios.

¿Qué iba a hacer al respecto?

—No estás comiendo nada, Jess —comentó con voz demasiado ronca.

—Ni tú tampoco —replicó ella mientras apartaba el plato y sacudía la cabeza como si acabase de tomar una decisión—. Y no me extraña. Esto no ha sido buena idea. Que vayamos a trabajar juntos no significa que tengamos que comer juntos. Voy a volver a mi habitación y pediré algo del servicio de habitaciones.

—Pediré la cuenta y te acompañaré.

—No, de verdad. No hace falta —dijo ella, humedeciéndose los labios y forzando una sonrisa—. Preferiría que no lo hicieras.

—Insisto.

Su determinación la acalló y Jessica vio en silencio cómo Loukas avisaba al camarero y firmaba un cheque. Jessica se preguntó si le importaría la imagen que estaban dando delante de la gente. Nada más salir por la puerta del restaurante, Jessica se volvió hacia él.

—Gracias, Loukas.

—De nada. Voy a acompañarte a tu habitación.

—Pero…

—Una vez más, insisto.

Y mientras las puertas del ascensor se cerraban, aislándolos del mundo, ella se preguntó, desesperada, si iba a ser tan insistente con algo más.

Intentó apartar la mirada de su rostro perfecto. Sintió claustrofobia. O, todavía peor, sintió miedo. En esos momentos no había escritorio ni mesa que se interpusiese entre ambos y el espacio era demasiado pequeño. Casi podía sentir el calor que irradiaba su poderoso cuerpo y el aire solo olía a él. Cerró los ojos e inspiró, se llenó los pulmones y recordó todo el placer que Loukas le había dado. Recordó sus besos, su manera de hacerle el amor. La primera vez, cuando le había dolido. Y la segunda, en la que había creído estar en el cielo.

Se preguntó si Loukas se había dado cuenta de que se le había acelerado la respiración, aunque estaba intentando controlarla. Era probable. Tenía un oído muy fino, todos sus sentidos estaban muy desarrollados. Era una de las características que habían hecho de él un buen guardaespaldas, además de un amante impresionante.

Y, de pronto, a Jessica le molestó que todavía no la hubiese tocado. Ni siquiera le había dado un beso frío en la mejilla para saludarla. Sintiese lo que sintiese por dentro, aquello habría sido lo más civilizado.

Pero Loukas no era un hombre civilizado, ¿o sí? Debajo del traje exquisito y del inconfundible aura de riqueza seguía siendo el mismo hombre de siempre. Básico y primitivo, que rezumaba testosterona. No obstante, no estaba actuando así. No se estaba comportando como un macho primitivo, ni la estaba haciendo suya contra la pared, como había hecho tantas veces en el pasado.

¿Sabría lo que sentía o deseaba ella? ¿Sería ese el motivo por el que la estaba mirando con aquella media sonrisa tan irritante, que dejaba intuir todo lo contrario que el brillo de sus ojos?

Jessica quiso que el ascensor se detuviese cuanto antes, aunque había otra parte de ella que no quería salir de allí, quería quedarse encerrada con él hasta que uno de los dos se rompiese.

—Ah —dijo Loukas de repente, como si ella acabase de decir algo y quisiese responderle—. Así que esas tenemos, ¿eh?

Entonces tomó su barbilla con una mano y con un dedo le acarició los labios, que habían empezado a temblar incontrolablemente. Jessica echó la cabeza hacia atrás, tenía el corazón acelerado, y él seguía sonriendo de manera impasible mientras le introducía el dedo pulgar en la boca.

Ella cerró los ojos y apretó los labios contra su dedo mientras se preguntaba si había cerrado los ojos para evitar ver la burla en su

mirada o para poder fingir. Fingir que aquella era una interacción normal entre un hombre y una mujer, en vez de un acto teñido de amargura y remordimiento. Notó cómo Loukas movía el dedo despacio, hacia dentro y hacia fuera, simulando el acto sexual. «Bésame», le rogó Jessica en su mente. «Bésame».

—Abre los ojos, Jess.

Obedeció a regañadientes y lo miró a los ojos.

—¿Quieres que te bese? —le preguntó él en voz baja después de retirar el dedo.

¿Le habría leído la mente, o lo había dicho ella en voz alta sin darse cuenta? Muy a su pesar, asintió.

—Pídemelo. Pídemelo educadamente, y lo consideraré.

Ella lo fulminó con la mirada. «No tienes por qué hacer lo que él te diga», se reprendió.

—No juegues conmigo, Loukas.

—Yo pensé que jugar era tu especialidad.

—Vete al infierno.

Y entonces la besó y la apretó contra él, borrando de su mente cualquier objeción. Jessica solo podía pensar en lo fuerte que era, y en lo bien que volvía a estar entre sus brazos. Se sentía segura, pero aquella sensación no duró mucho. ¿Cómo iba a sentirse segura si Loukas estaba acariciándole los pechos y haciéndola gemir de placer?

El ascensor se detuvo y Jessica sintió frustración cuando Loukas apartó los labios de los suyos. Su mirada sugería que el beso le había impactado tanto como a ella, pero su expresión pronto volvió a tornarse fría. Por un instante, Jessica pensó que Loukas iba a volver a darle al botón para que el ascensor descendiese de nuevo, pensó que iban a pasarse la noche subiendo y bajando en el ascensor, un mundo íntimo, en el que no había amenazas ni las normas habituales.

Pero se equivocó. Loukas tocó el botón que mantenía las puertas abiertas y la miró de arriba abajo.

—¿Y? —le preguntó.

—¿Y? —repitió ella, más para ganar tiempo que para otra cosa.

—¿No me vas a invitar a entrar en tu habitación?

Jessica quería decirle que sí. Quería abrir la puerta y hacer lo que más deseaba hacer. Pero sabía lo que ocurriría. La mirada de Loukas le advertía que sería rápido, que le arrancaría la ropa, le apartaría la ropa interior y se bajaría la cremallera de los pantalones. Ella deseó acariciarle la erección y hacerlo gemir…

Notó cómo se le aceleraba la sangre en las venas al pensar en su sexo pegado al de ella, justo antes de penetrarla. ¿Se daría cuenta Loukas de que no había estado con ningún otro hombre después de él? ¿Reiría con incredulidad si se enteraba, o simplemente se sentiría orgulloso?

Le había ofrecido trabajo, y en esos momentos le estaba dejando claro que la deseaba. Jessica se preguntó si, tal vez, haciendo el amor otra vez con él, después podría ver las cosas de manera más racional. Tal vez así se daría cuenta de que no era para tanto y después podría acostarse con quién quisiera.

Separó los labios para decirle que sí, pero algo la detuvo. Y ese algo fue su mirada. ¿Era una expresión de triunfo lo que había en ella?

Pensó en cómo se sentiría a la mañana siguiente si despertaba junto a Loukas y la idea la aterró. Supo que iba a sufrir, y solo un idiota haría algo que fuese a provocarle sufrimiento.

Así que negó con la cabeza.

—No, Loukas —le dijo—. No.

Él inclinó la cabeza hacia delante como si no la creyese, como si pudiese hacerla cambiar de opinión solo acercándose. Jessica notó su aliento caliente en el rostro.

—¿Estás segura? —susurró.

Y ella tuvo que utilizar toda su fuerza de voluntad para negar con la cabeza. Por suerte, la fuerza de voluntad era lo que la había sacado adelante siempre, mientras golpeaba una pelota detrás de otra y su padre la gritaba. La fuerza de voluntad había hecho que se levantase por las mañanas en invierno mientras que el resto de sus compañeros de clase todavía dormían y sus madres les preparaban el desayuno.

—Estoy segura —confirmó—. Me voy a la cama. Sola. Buenas noches.

Vio sorpresa en los ojos de Loukas, pero no le causó placer. Tampoco apagó el dolor de su cuerpo y el anhelo de su corazón. Entró en la habitación, cerró la puerta y se contuvo a pesar de que quería darle un puñetazo a la pared.

Capítulo 5

Nunca era agradable despertar sintiéndose frustrada, pero Jessica supuso que habría sido peor sentirse arrepentida.

Se metió bajo la ducha y frotó su piel con fuerza, como si así pudiese apartar al griego de su memoria, pero no había nada que pudiese sacar aquellos incómodos pensamientos de su mente. Se preguntó si había sido una locura no invitar a Loukas a su habitación y poder olvidarse así de su examante, para siempre. Tal vez, si lo hubiese invitado a entrar, se habría dado cuenta de que lo había idealizado cuando, en realidad, no era más que un hombre de carne y hueso.

Pensó en la velada que habían compartido. Él no le había demostrado ningún cariño. La había llevado a cenar y después había intentado seducirla de manera fría. Había hecho que se sintiese más como una posible conquista que como un objeto de deseo. ¿Tan desesperada estaba que se arrepentía de no haberse conformado con aquello? No, no estaba desesperada. Tenía que mantener el control de la situación.

Se puso unos pantalones de lino, se abrochó la camisa y se hizo un moño, y justo se estaba poniendo los pendientes cuando empezó a sonar el teléfono que había junto a la cama. Dudó un instante antes de responder.

—¿Dígame?

—¿Has dormido bien? —le preguntó una voz profunda y suntuosa como la miel.

—Como un tronco —mintió—. ¿Y tú?

—La verdad es que no. Me he despertado una y otra vez con los sueños más eróticos que puedas imaginar y tú estabas en todos. Eres la culpable de que no haya descansado, Jess.

—¿Porque no conseguiste lo que querías?

Loukas no respondió. Ojalá hubiese sido tan sencillo, pero tenía la sensación de que era mucho más complicado, y no le gustaban las cosas complicadas. ¿Por qué era tan importante volver a poseerla, y por qué estaba Jessica tan decidida a resistirse?

Estaba seguro de que ella también lo deseaba, pero, aun así, se resistía.

Apretó los labios. Por un lado, siempre le había resultado sencillo tener sexo, pero su actitud se veía reforzada por la infelicidad de su

niñez y las cosas que había presenciado, cosas que lo habían amargado con las mujeres. Y ninguna de las que había conocido lo había hecho cambiar de opinión.

Pero Jess era diferente. Siempre lo había sido. No solo porque su cuerpo tuviese pocas curvas y fuese rubia, cuando a él siempre le habían gustado las mujeres morenas y exuberantes. Sino porque era la única que lo había rechazado. La única a la que nunca había conseguido entender. Sin ninguna duda, era una mujer con clase, algo que el dinero no podía comprar. Lo primero que le había atraído de ella había sido su indiferencia, ya que había sido algo nuevo para él. Aquella sensación de distancia física y emocional lo había fascinado, ella lo había fascinado. Era la primera y la única mujer a la que le había comprado flores. No sabía si Jessica se habría reído de su sencillo y barato regalo, estando acostumbrada a que la esperasen ramos enormes, sofisticados, cuando salía de la pista de tenis. Loukas se había preguntado si Jessica habría tenido la fantasía de que su primer amante fuese alguien como él, tan distinto a ella. Alguien con experiencia, pero del que pudiese deshacerse después de utilizarlo.

Loukas barajó sus opciones. Podía marcharse en ese momento, dejar la nueva campaña publicitaria en manos de los expertos y mantenerse al margen. O podía comprarla con una cantidad de dinero exagerada, ya que si Jessica estaba allí era por dinero. Encontrar a otra modelo nueva, más joven, sin el bagaje que tenía Jessica Cartwright habría sido muy fácil. Lo mismo que encontrar otra amante. Una que no le diese con la puerta en las narices, que lo recibiese con los brazos y las piernas abiertos.

Pero todavía no había terminado con Jessica. Todavía no podía tachar todos los puntos de su lista. Había conocido a su hermano. Había superado la traición de su madre y había descubierto los oscuros secretos que esta había dejado atrás. Había conseguido una fortuna. En cierto modo, había hecho las paces con el mundo, así que solo le faltaba Jessica, y la necesitaba. Necesitaba saciarse de ella para poder olvidarla.

—Tal vez anoche no conseguí lo que quería, *koukla mou* —respondió—, pero siempre acabo consiguiéndolo.

La oyó respirar hondo.

—Supongo que comprenderás que lo que ocurrió anoche entre ambos lo cambia todo.

—¿Cómo? —preguntó él con fingida inocencia.

Hubo un momento de silencio y Loukas supo que estaba buscando las palabras.

—¡No puedo trabajar contigo!

—No le des tanta importancia, Jess. Nuestros cuerpos están programados para reaccionar cuando están cerca. Nos deseamos el

uno al otro. Siempre hemos tenido química. Somos adultos y ninguno de los dos tiene una relación, al menos, yo no la tengo y doy por supuesto que tú tampoco.

—¿No te parece que tenías que habérmelo preguntado antes de abalanzarte sobre mí en el ascensor?

—Yo no lo describiría así —comentó Loukas en tono seco—. E imagino que, de haber tenido pareja, habrías puesto alguna objeción.

—¿Cómo consigues tergiversar todo lo que digo?

—¿Eso hago, *koukla mou*? —volvió a preguntar él con inocencia.

—Sabes que sí.

—¿Por qué no achacamos lo ocurrido a la curiosidad y lo dejamos como está? El equipo de publicidad te estará esperando en su oficina —añadió—. Mi coche te recogerá delante del hotel a las once.

Loukas colgó el teléfono y Jessica se quedó mirando el auricular como una tonta. Luego llamó al servicio de habitaciones para que le subiesen el desayuno, mordisqueó una tostada integral y se bebió dos tazas de café para revivir, pero, cuando salió del hotel poco después de las once, se encontró con Loukas en la parte trasera del coche que la estaba esperando, leyendo unos documentos.

—Ah, eres tú —le dijo.

Él la miró a los ojos y a Jessica se le aceleró el corazón. No pudo evitar recordar que la última vez que se habían visto Loukas le había metido la lengua hasta la garganta, así que tal vez no fuese tan extraño que su cuerpo reaccionase así.

—Sí, Jess, soy yo.

Ella tragó saliva mientras el conductor cerraba la puerta a sus espaldas.

—No pensaba encontrarte aquí.

—¿Pero tenías la esperanza de hacerlo?

—Eres un…

—¿Un qué, Jess?

—Da igual —contestó ella, sacudiendo la cabeza.

—Venga, no te ocultes detrás de esa expresión tan fría que tanto te gusta utilizar, ¿por qué no me dices exactamente lo que piensas?

Jessica lo miró fijamente. ¿Por qué no le decía lo que pensaba de él? No estaba en una pista de tenis y Loukas no era su oponente. Bueno, lo era, pero no en el sentido tradicional. ¿Por qué no era sincera con él? El mundo no iba a detenerse porque le dijese la verdad, pero no era fácil expresar sus emociones, sobre todo, cuando siempre las había ocultado. ¿No era aquel el motivo por el que el sexo con Loukas había sido tan maravilloso, y tan escalofriante, porque había derribado todas esas barreras y, durante un tiempo, le había hecho sentirse libre?

—Lo cierto es que eres la última persona a la que quería ver.

—Mentirosa —respondió él en voz baja—. Deja de mentir, sobre

todo, a ti misma. Tu lenguaje corporal te ha traicionado nada más verme. Ni siquiera tú puedes impedir que se te oscurezca la mirada y se te endurezcan los pechos.

—¿Se puede saber qué haces aquí? —le preguntó Jessica después de que el coche hubiese arrancado.

—Vivo aquí —dijo él riendo.

—¿En un hotel?

—¿Por qué no?

—Porque un hotel… no es un lugar en el que vivir.

—Lo es para algunas personas.

Loukas miró por la ventana mientras atravesaban Londres. ¿Le sorprendería a Jessica descubrir que nunca había tenido una casa propia, un hogar, sino solo lugares en los que quedarse de manera temporal?

—La verdad es que para mí es ideal —comentó—. Es grande, está en el centro y hay varios restaurantes muy buenos cerca. Puedo pedir que me traigan la comida, el coche está aparcado debajo y hay seguridad en la puerta. ¿Por qué no iba a gustarme?

—¿No preferirías tener todas tus cosas contigo?

Loukas se giró para mirarla.

—¿Qué cosas?

Ella se encogió de hombros.

—Ya sabes, fotografías, adornos, fotos.

—¿El caos del pasado? —dijo sonriendo—. No. Me gusta pensar que puedo marcharme en cualquier momento, que solo necesito una maleta y el pasaporte.

Jessica frunció el ceño.

—¿Y el futuro? ¿Tienes pensado vivir siempre en un hotel? ¿Es eso lo que quieres?

—No hay futuro. Solo pienso en lo que quiero ahora mismo, en el presente, y lo que quiero es besarte, pero por desgracia no tenemos tiempo —añadió, tomando su chaqueta—. Ya estamos aquí.

Jessica miró por la ventanilla, tenía el corazón acelerado.

—¿Aquí?

—En Zeitgeist. Es la mejor agencia de publicidad de Londres.

Jessica admiró el enorme y moderno edificio mientras entraban en él, e intentó no pensar en lo mucho que había deseado que Loukas la besase en el coche.

—¿Qué hacemos aquí?

—Gabe y su equipo quieren enseñarte una maqueta de la nueva campaña. Llevan varias semanas con la preproducción y quieren enseñártela.

Los acompañaron hasta una habitación grande en la que había muchas personas. A Jessica le presentaron a Patti, la estilista, una

chica rubia con el pelo de punta, vestida con un minivestido verde y botas. El director artístico tenía el pelo largo y estaba mirando las fotografías de una mujer de pie en una góndola, ¡una góndola! La mujer se parecía mucho a ella. Y al acercarse se dio cuenta de que, de hecho, era ella. Habían puesto su cabeza en el cuerpo de otra modelo que llevaba puestos vestidos muy sugerentes adornados con brillantes diamantes.

Había en el ambiente un dinamismo casi palpable que no se parecía en nada a la tranquilidad de la agencia publicitaria con la que había trabajado Lulu antes. De hecho, fue una experiencia emocionante, todavía más intensa con la presencia de Loukas a su lado, imposible de ignorar. Se la llevó a la otra punta del estudio para presentarle a Gabe Steel, el dueño de la agencia, un hombre impresionante de pelo rubio y ojos verdes.

—Cuando Loukas me explicó que quería un cambio completo de imagen para la marca Lulu pensé que era un cambio necesario desde hacía mucho tiempo —dijo este—. Nos estamos deshaciendo del estilo Grace Kelly y buscando algo más moderno. Nos hemos divertido mucho con estas ideas, Jessica, y me parece que te van a gustar. Anoche se las enseñé a mi mujer y le han encantado. ¿Por qué no te sientas y te enseño lo que tenemos en mente?

Jessica se sentó en una silla que era más bonita que cómoda y vio cómo el director artístico y Patti sacaban varias fotografías en las que se presentaban diferentes joyas.

—Vamos a sacar una fotografía a dos páginas en la prensa justo antes del día de San Valentín —le explicó Gabe—. Así que solo contamos con un par de semanas.

—¿El día de San Valentín? —repitió Jessica, pensando que ninguna otra fecha podría haberle recordado más el hecho de que estaba soltera.

—Sí. Es una de las mejores épocas del año para el negocio, y Lulu necesita sacarle partido. Las jovencitas que solían comprar los relojes han crecido y queremos mostrarle al mundo que tú también lo has hecho. Queremos que vean que la nueva Jessica también ha crecido. Y no le vamos a poner un reloj sumergible, sino joyas. Preferiblemente, joyas que le ha regalado un hombre.

—Mis joyas —intervino Loukas suavemente.

Jessica pensó que era muy extraño oír cómo hablaban de ella en tercera persona. Miró las fotos, nerviosa. No podían esperar que se vistiese así, con la mitad de los pechos al aire y un vestido largo con una raja que llegaba casi hasta la cintura.

—La sesión de fotos tendrá lugar en Venecia, como puedes ver —continuó Gabe—. Es la ciudad más romántica del mundo y un lugar perfecto para la imagen que queremos dar. En invierno es una ciudad

un tanto triste y evocadora, por eso vamos a hacer las fotografías en blanco y negro, utilizando solo el icónico rosa de Lulu. Primero viajará el equipo, e imagino que Loukas y tú viajaréis juntos.

Todo el mundo se giró a mirarla, pero lo único que podía ver Jessica era el brillo de los ojos de Loukas y la suave curva de su burlona sonrisa. Y a ella, que nunca le había gustado gritar, le entraron ganas de levantarse y gritarle a todo el mundo que no quería ir a ninguna parte con aquel griego arrogante, mucho menos a una ciudad tan romántica, para hacer una campaña romántica.

Quería volver a Cornwall, alejarse de él y de aquella sensación tan incómoda. Había estado bien antes de que Loukas volviese a su vida. Todo había sido muy predecible, pero al menos se había sentido segura. No había sentido anhelo, ni arrepentimiento. No le había dado por pensar que nunca habían pasado una noche entera juntos.

¿De verdad tenía que aceptar aquel trabajo, con todas las complicaciones que conllevaba? Una vez más, pensó en vender su casa y comprar un apartamento más barato, sin vistas al mar.

Pero entonces pensó en su hermanastra. La recordó llorando entre sus brazos después de la avalancha que había terminado con la vida de sus padres. Ya había sido muy duro vender la casa familiar, y a Hannah le gustaba la casa que tenían en esos momentos. También era su hogar y Jessica no tenía ningún derecho a privarla de aquella seguridad solo porque le molestase tener a Loukas cerca.

No tenía que acostarse con él, por mucho que lo desease. Y no había nada que le impidiese dejárselo claro. Se sintió decidida. Al fin y al cabo, había hecho cosas mucho más complicadas que resistirse a un hombre como aquel.

Así que sonrió a Gabe. Utilizó la misma sonrisa que utilizaba cuando alguien le preguntaba si no echaba de menos jugar al tenis. Una sonrisa muy práctica, amplia y convincente.

—Estoy deseando que llegue el momento —dijo.

Capítulo 6

Loukas observó a Jessica de pie en la góndola, con el pelo más corto despeinado por el viento. Estaba pálida, sus ojos parecían enormes y la tensión que la rodeaba era casi palpable. No era la primera vez que Loukas apretaba los puños con frustración aquel día, porque había sido idea suya y, en el papel, le había parecido una idea estupenda. Todo se había hecho como él había querido. Jessica llevaba puesto un vestido negro, ajustado, que enfatizaba sus pechos. Los guantes de satén negro le llegaban al codo y una cascada de diamantes brillaba en su escote.

Tenía que haber sido perfecto. Jessica Cartwright con la imagen que el equipo de Zeitgeist había creado para ella. Elegante, adulta y muy, muy sexy.

Y, no obstante, parecía una figura de cera. Su mirada estaba vacía, lo mismo que su expresión. Hasta la sonrisa parecía falsa.

Loukas sacudió la cabeza con incredulidad mientras recordaba la expresión del rostro de Jessica varias noches antes, cuando la había besado en el ascensor. Aquella noche había sido todo pasión, no hielo. ¿Dónde estaba el fuego en esos momentos?

La miró a los ojos.

Desde su precaria posición en el Gran Canal, Jessica clavó la vista en los ojos negros de Loukas, que estaba al borde del agua. Era evidente que no había nadie en el equipo que estuviese contento. Nadie, pero Loukas el que menos. Llevaba fulminándola con la mirada desde que había empezado el reportaje. El viento helado la sacudió y ella intentó mantener el equilibrio, cosa nada sencilla estando de pie en una góndola que se movía.

Tenía frío, por dentro y por fuera. Llevaba puesto un carísimo collar de diamantes azules y blancos que brillaban con fuerza en aquel día de invierno. Tenía el cuello desnudo porque le habían cortado la melena, y el pelo empezó a pegársele en los labios, cubiertos de brillo. A pesar de que Patti, la estilista, estaba a su lado, armada con un cepillo del pelo y un chal de cachemir, Jessica se sintió poco vestida. Aquellas fotografías estaban a años luz de las instantáneas castas y deportivas que le habían hecho antes, y Jessica se sentía como una tonta. No, se sentía expuesta.

Y vulnerable.

Nunca había llevado tanto rímel en las pestañas y la sombra

ahumada hacía parecer que alguien le había dado un par de puñetazos en los ojos. El pintalabios rosa, brillante, que intentaba reproducir el color de la marca, hacía que pareciese casi un payaso. Y el vestido… Jessica prefería no pensar en el vestido. El satén se le pegaba con tanta fuerza al cuerpo que casi no podía ni respirar y el escote era tan bajo que dejaba al descubierto toda su piel de gallina. Se sentía nerviosa y avergonzada. Y a pesar de que la ciudad estaba muy tranquila en febrero, varios turistas se habían detenido a hacerle fotografías, cosa que odiaba.

Odiaba intentar parecer sexy y sofisticada, que era lo que el director artístico le había dicho que querían. Ya que no se sentía así. Se sentía como una impostora. Seguro que todos se habrían reído de ella si hubiese confesado que llevaba ocho años sin hacer el amor con un hombre.

Por supuesto, tener a Loukas cerca no la estaba ayudando. De hecho, estaba empeorando la situación.

El director artístico se miró el reloj y frunció el ceño.

—De acuerdo, se nos acaba la luz. Será mejor que terminemos por hoy. Nos veremos aquí mañana a la misma hora.

Mientras varias personas la ayudaban a bajar de la góndola, Jessica vio cómo el director artístico le susurraba algo a Loukas, que asentía en silencio mientras la miraba a los ojos. Ella sintió deseo muy a su pesar, y se preguntó qué hacía él allí. ¿Por qué no volvía a Londres y la dejaba en paz? Seguro que conseguía dar lo que querían de ella si Loukas desaparecía de allí. Se levantó la voluminosa falda del vestido y nada más pisar tierra firme le tendieron el chal de cachemir.

—Vamos a tomar algo a la plaza San Marcos, y creo que te mereces un coñac. ¿Te apetece venir cuando te hayas quitado el vestido y el collar? —le preguntó Patti.

—No, voy a llevar a Jess al hotel —respondió una voz profunda a sus espaldas.

Jessica se giró y vio a Loukas acercándose a ella, vestido con un abrigo de cachemir oscuro, del mismo color que sus ojos, que en aquel día parecían no ser de ningún color. Todo él era negro aquel día, pero Jessica no sabía por qué.

—Porque está helada —añadió él.

Era cierto, estaba helada, pero a pesar de tener la piel congelada, la sangre se le calentó al notar la mano de Loukas en ella. Se sintió mejor después de quitarse las joyas y envolverse en el chal, que la ocultaba de la escrutadora mirada de Loukas, pero nada podía protegerla de cómo la hacía sentirse, tan cohibida como durante el viaje hasta allí.

El vuelo desde Londres había sido tolerable porque Loukas lo había pasado trabajando mientras que ella había intentado leer un libro, pero al llegar a la ciudad y montarse en un taxi, Jessica no había

podido impedir sentirse atrapada por el romanticismo del momento, por mucho que hubiese intentado evitarlo.

Se había sentido como en una película y no había podido contener un suspiro al llegar al Gran Canal. Loukas se había girado hacia ella y había sonreído. Había sido una sonrisa peligrosa y también prometedora.

Y Jessica se había estremecido del mismo modo que en ese momento.

—Vamos dando un paseo al hotel.

—¿De verdad piensas que puedo volver paseando al hotel así vestida? —le preguntó ella.

—En el pasado, muchas mujeres tuvieron que luchar con vestidos similares a este —comentó Loukas—. Piensa en el famoso baile de máscaras que tiene lugar todos los febreros. Y sentirás calor si andamos. Ven. No está lejos.

—De acuerdo.

Se cerró mejor el chal, se acercó más a él y empezaron a andar por las calles estrechas, pasaron por delante de los escaparates llenos de libros con tapas de piel y exquisitas cristalerías, cruzaron pequeños puentes. Era como estar en el centro de un antiguo laberinto y Jessica no tardó en desorientarse.

—Tengo la sensación de que sabes muy bien adónde vas —comentó.

—¿Piensas que quiero perderte en Venecia, para no volver a verte?

Ella lo miró y el corazón le dio un vuelco.

—¿Es así? —preguntó.

Loukas se echó a reír.

—Es tentador, pero no. Mira. Ya estamos aquí.

Jessica sintió algo parecido a decepción al levantar la vista y encontrarse con el elegante hotel.

Varias personas se giraron a mirarlos cuando entraron en recepción y ella pensó que debían de hacer una pareja muy extraña, ella con aquel vestido de noche y Loukas con el abrigo de cachemir negro.

Jessica se ruborizó cuando el pianista empezó a tocar la canción de Stevie Wonder *Isn't She Lovely?* y un grupo de hombres de negocios aplaudió y vitoreó a su paso. Deseó poder esconderse en el ascensor, pero su habitación estaba en la primera planta y la gran escalera le pareció la opción más sensata para llegar allí. Sin embargo, le costó recogerse el vestido y cuando llegó a lo alto estaba casi sin aliento.

—¿Ya no estás tan en forma como antes? —inquirió Loukas con los ojos brillantes.

—Es evidente que no, dado que no juego al tenis de manera profesional, pero sigo estando en forma. Lo que no estoy es acostumbrada a llevar estos vestidos.

Llegaron en silencio hasta la puerta de su habitación y allí tuvo que

pelearse con la tarjeta para abrirla.

—¿Vas a cenar conmigo esta noche? —le preguntó Loukas.

Ella negó con la cabeza.

—Gracias, pero me voy a dar un baño para intentar entrar en calor. Tengo las manos congeladas.

Dudó antes de mirarlo a los ojos y preguntar:

—No les ha gustado cómo lo he hecho hoy, ¿verdad?

Él se encogió de hombros.

—Todo era nuevo para ti. Estás acostumbrada a una imagen fresca, a llevar ropa deportiva, y de repente quieren que parezcas una vampiresa. Estás fuera de tu zona de confort, Jess, pero no te preocupes, lo harás mejor mañana.

—¿Y si no es así?

A Loukas le volvieron a brillar los ojos.

—Nos tendremos que asegurar de que lo sea.

Pasó un dedo por su espalda y añadió:

—¿Vas a saber quitarte este vestido sola?

Jessica intentó no reaccionar, sabía que la idea de que Loukas la ayudase no era buena, pero también sabía que el vestido era complicado de quitar y que Patti no estaba en el hotel.

—¿Te importaría ayudarme? —preguntó con naturalidad, como si a ella no le importase.

—No —respondió él, siguiéndola dentro de la habitación.

Era el lugar más bonito en el que Jessica se había alojado, pero casi no se fijó en los muebles de madera tallada ni en el piano antiguo que había debajo de la lámpara de araña. Ni siquiera las vistas al Gran Canal y a la magnífica cúpula de la basílica de Santa María de la Salud la distrajeron del hecho de que Loukas estaba allí, en su habitación de hotel.

—¿No te vas a girar para mirarme? —le preguntó este en voz baja.

Ella se aclaró la garganta.

—Se supone que tienes que desabrocharme el vestido —le respondió —. Y solo podrás hacerlo si te doy la espalda.

Hubo una pausa de medio segundo. Y después Loukas empezó a quitarle el primer gancho, después el segundo. Jessica deseó decirle que se diese prisa y, al mismo tiempo, que se tomase todo el tiempo necesario. Sintió el aire en la espalda y cerró los ojos. ¿Era así como se habían sentido las mujeres en el pasado, antes de poder llevar vestidos cortos y pantalones? ¿Se habrían sentido completamente a merced de los hombres mientras estos las desvestían?

Contuvo la respiración al notar de repente aire caliente en la espalda. ¿Estaba Loukas echándole el aliento?

Sí.

Fue una sensación muy íntima. Jessica tragó saliva al notar sus

labios en la piel.

Supo que debía decirle algo, pero no quería estropear el momento. Era una sensación placentera y ella no tenía por qué pensar en que aquel era Loukas, ni en la relación que habían tenido. No tenía que mirarlo a los ojos ni ver que sonreía de manera triunfante. Solo era consciente de la caricia de sus labios en la piel y de cómo se estaban endureciendo sus pechos como respuesta.

El vestido había caído hasta su cintura y Loukas estaba pasando las manos por sus curvas como si las estuviese redescubriendo. Jessica creyó oírlo suspirar de placer. Ella lo dejó hacer, sin decir nada, porque era más fácil hacerse la tonta. Quería que continuarse, pero sin alentarlo. El corazón se le aceleró cuando Loukas pasó los dedos por el tanga de encaje y el deseo que sintió fue tan fuerte que terminó con el poco sentido común que le quedaba.

—Umm —gimió él cuando el vestido cayó al suelo, dejando sus piernas completamente desnudas.

La besó en el cuello y empezó a meter las manos por debajo de su ropa interior.

Jessica supo que debía detenerlo, pero no pudo. No pudo. Había pasado mucho tiempo desde que había hecho aquello y tenía frío. Mucho frío. Y Loukas estaba haciendo que sintiese calor.

Este había metido la mano por debajo de sus braguitas y la acariciaba con una familiaridad tan enternecedora como excitante.

—Ha pasado mucho tiempo —musitó mientras le acariciaba el clítoris.

El cuerpo de Jessica se sacudió de placer. Quería decir algo, lo que fuese, para asegurarse a sí misma que seguía allí y que aquello era real, pero no encontró las palabras. Casi no podía respirar y en lo único en lo que podía pensar era en el deseo que estaba creciendo rápidamente en su interior, dominando todo su mundo. Sus muslos se separaron solos y sintió el calor de la respiración de Loukas en el cuello.

—Estás muy húmeda, *koukla mou* —murmuró.

Ella asintió mientras cerraba los ojos.

—Sí.

—¿Es por mí?

—Sí.

—¿Me has imaginado acariciándote así?

—¡Sí!

—¿Y… así?

—Sí —gimió ella.

No obstante, las palabras de Loukas parecían contradecir sus actos, porque le estaba diciendo cosas provocadoras, pero en un tono extrañamente frío. Jessica se dio cuenta de que la estaba tratando

como si fuese un objeto e intentó apartarse. Intentó terminar con aquello mientras todavía fuese posible, pero ya era demasiado tarde porque estaba empezando a llegar al clímax y él se estaba riendo, triunfante, y la estaba haciendo darse la vuelta para besarla apasionadamente.

Le metió la lengua en la boca mientras ella llegaba al orgasmo contra su dedo, y la doble invasión no hizo más que incrementar el placer, hasta que pensó que iba a caerse al suelo, y tal vez lo habría hecho si él no hubiese estado sujetándola con tanta fuerza. El tiempo pasó a cámara lenta, hasta que Jessica abrió los ojos y descubrió a Loukas mirándola con una sonrisa triunfante en los labios. Este apartó lentamente la mano y Jessica se dio cuenta de que le temblaba.

—Jess —dijo, tomándola en brazos para llevarla hasta el dormitorio y tumbarla en la cama.

Loukas clavó la vista en sus labios húmedos y pensó que se le iba a salir el corazón del pecho, estaba tan excitado que tardó un segundo o dos en poder moverse. Quería desnudarse y hacerla suya, pero tenía que esperar. Antes necesitaba controlar sus sentimientos. Tenía que asegurarse de que no corría el riesgo de verse atrapado por el poderoso hechizo de Jessica.

Intentó estudiarla de manera objetiva mientras se quitaba la chaqueta y la dejaba en el respaldo de una silla para después volver a la cama. Era extraño que hubiese estado tan fría ante la cámara y que se hubiese derretido en cuanto la había tocado. Aunque siempre había sido así. Loukas sonrió con amargura. Solo conseguía llegar a su interior cuando estaba desnuda y jadeando bajo su cuerpo. Porque fuera del dormitorio, o del salón, o del coche, o en cualquier otro sitio en el que hubiesen hecho el amor, Jessica siempre había sido la frialdad personificada.

Pero en esos momentos no lo era.

Tenía la mirada turbada, el rostro sonrosado de satisfacción y los muslos separados, invitándolo a inclinarse entre ellos, a enterrar la cabeza y lamerla. Parecía cómoda en aquella cama con dosel. Y era normal que lo estuviese. Era un hotel elegante y lujoso, su ambiente. Un ambiente en el que él nunca había encajado.

Alargó la mano y la apoyó en su pecho izquierdo. Notó que tenía el corazón acelerado debajo del provocador sujetador de encaje escarlata y negro.

—Antes nunca llevabas ropa interior tan frívola, *koukla mou* —observó en voz baja—. ¿Qué ha pasado? ¿Han sido otros hombres los que te han pedido que te vistieses para complacerlos, o es que has cambiado de gusto y evolucionado con el tiempo?

Jessica abrió la boca para contestarle que Patti se la había llevado de compras después de haber estado en la peluquería y le había

explicado que los vestidos que iba a llevar requerían ropa interior minúscula, y que, además, con ella se sentiría más acorde con el reportaje, pero no había funcionado. Había posado como un cubito de hielo ante la cámara y solo se había derretido cuando Loukas la había tocado.

Se mordió el labio. Y cómo la había tocado. Había olvidado lo exquisito que podía ser un orgasmo cuando se lo provocaba el único hombre que le había importado. Había olvidado lo débil que podía llegar a sentirse. Podía sentirse vulnerable si no tenía cuidado, debía tener cuidado.

No tenía que haber permitido que ocurriese, pero en esos momentos quería que continuase. Había actuado con imprudencia, pero tal vez fuese comprensible, al menos, para ella. Era como alguien que hubiese estropeado un régimen abriendo un paquete de galletas. ¿Por qué comerse solo una, cuando cuatro iban a satisfacerla mucho más y hacer que el pecado mereciese la pena? No quería quedarse solo con el recuerdo del sexo con Loukas, quería hacerle el amor de verdad. Hacía años que lo deseaba. Quería sentirlo en su interior, muy dentro, llenándola y calentándola como nada más la podía calentar.

Alargó la mano y empezó a desabrocharle la camisa, decidida a comportarse como si fuesen iguales, porque ya no era una jovencita virgen a la que acababan de seducir, y a pesar de que no tenía tanta experiencia como él, no hacía falta que Loukas se diese cuenta.

—¿De verdad quieres hablar de otros hombres en un momento así? —le preguntó, desabrochando otro botón y pasando la mano por su pecho cubierto de vello.

Loukas apretó los labios y se inclinó hacia delante mientras intentaba quitarse los pantalones.

—No —respondió—. De hecho, voy a hacer que te olvides de cualquier otro hombre con el que hayas estado y que solo puedas pensar en mí.

Su arrogancia la sorprendió, pero también le gustó, lo mismo que le gustó ver cómo se desnudaba y ver su cuerpo moreno desnudo. Era tan impresionante como siempre, pero a un lado del costado tenía una cicatriz. Se llevó la mano a los labios solo un instante, para después alargarla hasta la marca con cuidado, como si todavía pudiese dolerle. Como si pudiese abrirse y empezar a sangrar sobre la cama.

—¿Cómo fue? —susurró.

—Ahora no, Jess.

—Pero…

—Te he dicho que ahora no es el momento —insistió, metiendo la mano entre sus muslos para silenciarla—. ¿O es que te excita pensar que tu duro guardaespaldas tiene una marca de violencia en su cuerpo?

Había algo en su tono de voz que Jessica no entendió, algo más allá del tono burlón que la confundió, pero Loukas siguió acariciándola y bajó los labios a uno de sus pechos, y ella sintió tanto calor que casi no pudo esperar a que se colocase el preservativo y la penetrase.

Estaba temblando cuando por fin lo hizo y la sensación sobrepasó cualquier fantasía que hubiese tenido con él, pero, para su sorpresa, se dio cuenta de que Loukas también temblaba y, durante unos segundos, su cuerpo se quedó completamente inmóvil.

Jessica deseó susurrarle palabras dulces, estúpidas. Quiso decirle que ojalá se hubiese casado con él cuando se lo había pedido, que había desperdiciado la mejor oportunidad de ser feliz de toda su vida, pero que nadie podía reescribir la historia, y que decían que todo ocurría siempre por un motivo. Aunque en esos momentos le resultase difícil entenderlo.

Y entonces volvió a llegar al orgasmo y dejó de pensar. Se derritió completamente por dentro y el gemido de placer de Loukas, que retumbó en la habitación, hizo que se diese cuenta de que él también había alcanzado el clímax.

Capítulo 7

La habitación estuvo en silencio durante lo que pareció ser mucho tiempo y, cuando habló, Jessica tuvo la sensación de que rompía la paz. Se giró y miró el rostro del hombre que tenía al lado.

—¿Cómo te hiciste esa cicatriz?

Loukas se movió, se estiró. Parecía muy cómodo en su desnudez, levantó los brazos y extendió las poderosas piernas en un movimiento que tenía que haberla distraído, pero nada podía distraerla. Jessica solo podía ver la marca que Loukas tenía en el costado.

—¿Cómo? —insistió en un susurro al ver que no respondía.

Él pasó un dedo por su pecho y observó cómo se endurecía bajo la caricia.

—No me parece el mejor tema de conversación para este momento, preferiría que me dijeses cuánto has disfrutado del orgasmo.

Jessica no reaccionó a pesar del cinismo de sus palabras, pensó que tal vez estaba acostumbrado a que, después de acostarse con él, las mujeres le dijesen lo mucho que habían disfrutado. Se echó el pelo hacia atrás y volvió a preguntar:

—¿Fue en París?

—¿El qué?

—Me dijiste que te… secuestraron en París —continuó ella—. ¿La cicatriz es de entonces?

Loukas se tumbó boca arriba.

—No, no fue allí.

—¿Y entonces, cuándo fue?

Él giró el rostro para mirarla y frunció el ceño.

—¿Acaso importa?

—Por supuesto que importa —respondió ella, suspirando de manera casi imperceptible—. ¿Qué te pasa, Loukas? Nunca hablas de tu pasado. Estuve meses contigo y, al final, casi no sabía nada de ti.

Él esbozó una sonrisa.

—Sabías muchas cosas.

—No me refiero a la manera de funcionar de tu cuerpo.

Loukas dejó escapar una carcajada. Jessica había crecido en un mundo en el que todo era rosa, muy distinto al suyo. Pensó en la enorme casa con la pista de tenis y los jardines que llegaban casi hasta el mar. Pensó en todos sus privilegios, en que había tenido un hogar, y en todo lo que a él le había faltado.

—¿Para qué quieres saber de mi pasado?

—Para no sentir que estoy en la cama con un extraño —admitió ella en voz baja.

No era la primera vez que le hacían aquella acusación, pero de boca de Jessica era diferente. Todo en ella era diferente.

—Pensé que el tema del anonimato te gustaba —le respondió—. Te ha gustado que te acariciase cuando estabas de espalda. De hecho, he llegado a pensar que estabas imaginando que era otra persona.

—No intentes cambiar de tema.

—Puedo hacer lo que me dé la gana. Que te haya hecho el amor no significa que tengas derecho a censurarme, ni a exigirme respuestas.

Ella se mordió el labio.

—Supongo que es una historia desagradable.

—Sí, bastante desagradable.

—¿Y no me la vas a contar?

Él pensó en distraerla, haciéndole otra vez el amor o levantándose de la cama para ir a darse una ducha. Porque Jessica quería hablar del viejo Loukas y él había empleado mucho tiempo forjando al nuevo, un hombre tan duro como los diamantes con los que había construido su fortuna.

Había descubierto secretos que habría preferido no conocer, y los había enterrado en su interior, pero estaba empezando a descubrir que los secretos también dejaban marca. Miró a Jess y se dio cuenta de que su expresión no era fría, que había emoción en ella. Había preocupación en su mirada y nerviosismo en su voz, y algo hizo que empezase a hablar.

—¿Qué es lo que sabes?

Ella se encogió de hombros.

—No mucho. Que eras hijo único y que tu madre te crio en Atenas, que nunca conociste a tu padre.

Loukas sonrió con amargura. Con qué facilidad podía resumirse una vida.

—¿Te he contado ya que éramos pobres?

—No con tantas palabras, pero…

—¿Te lo imaginabas?

Ella asintió.

—¿Por qué?

—No importa.

—Por supuesto que sí. Me interesa saberlo.

—Porque siempre estabas… no sé… inquieto. Como un tiburón moviéndose en el agua. Como si siempre estuvieses buscando algo.

A Loukas le sorprendió la precisión de sus palabras. Jessica tenía razón. Había estado buscando algo, pero no había sabido qué era hasta que lo había encontrado.

—Mi madre y yo éramos muy, muy pobres —dijo, deseando establecer las diferencias fundamentales entre ellos.

Quiso sorprenderla, convencerla de que lo único que compartían era la química que tenían en la cama.

—En ocasiones esperaba en la puerta trasera de algún restaurante para ver qué comida tiraban al final del día y llevármela a casa…

Para llevársela a casa y esperar a que su madre terminase con quien hubiese estado entreteniéndose. Recordó los muchos hombres que habían pasado por su casa, algunos habían querido pegarle y otros le habían dado un par de monedas antes de marcharse. Él las había dejado en el cepillo de la iglesia… incapaz de aceptar aquel dinero tan sucio, por mucha hambre que hubiese tenido.

—Aunque, en cuanto tuve edad trabajaba donde podía —continuó—, haciendo recados, limpiando restaurantes o coches, cualquier cosa.

—¿Y tu madre? —le preguntó ella—. ¿Trabajaba?

—No tenía tiempo —respondió en tono amargo—. Estaba demasiado ocupada con sus amantes. Siempre estaba con algún hombre y tener un hijo solo era un inconveniente. Así que, normalmente, yo estaba solo.

—Oh, Loukas.

—Yo vivía de manera precaria. En cuanto tuve edad suficiente, trabajé en el puerto del Pireo hasta que ahorré el dinero suficiente para empezar de cero. Y no volví a Grecia en mucho, mucho tiempo. Estuve en Europa, aunque el viaje no fue como los que anuncian en los folletos. Viví entre las sombras de París y aprendí a boxear en Ucrania. Durante un tiempo, gané peleas de aficionados por todo el continente. Hasta que Dimitri Makarov me pidió que fuese su guardaespaldas.

—Fue entonces cuando me conociste —dijo ella en voz baja.

Loukas asintió lentamente. Sí. Había sido entonces cuando había conocido a su princesa de cuento, con la piel pálida, los ojos azules y el trasero más bonito que había visto nunca. Su frialdad lo había fascinado, había sido una chica contenida y cauta, todo lo contrario que su madre y que las mujeres con las que había estado hasta entonces. No había sido coqueta ni agresiva. De hecho, había luchado desde el principio contra la atracción que había surgido entre ambos. Y había atrapado su cuerpo y su corazón con su virginidad de tal manera que Loukas le había pedido que se casase con él. Rio con amargura. Había sido un tonto.

—Sí —dijo—. Entonces fue cuando te conocí.

—¿Y nunca…? ¿Nunca volviste a ver a tu madre?

Loukas se estremeció. Porque, por mucho dolor que le hubiese causado, seguía siendo su madre.

—Solo en una ocasión —respondió en tono neutro—. Había estado

años mandándole dinero, pero no podía volver a Grecia. Y cuando supe que se estaba muriendo, regresé y descubrí que estaba viviendo en un cuchitril, con un hombre que la había dejado sin ninguna dignidad, y también sin el dinero que yo le mandaba. Recuerdo lo débil que estaba cuando tomó mi mano y me dijo que amaba a aquel perdedor. Nunca había sabido elegir bien a sus parejas, pero aquel hombre ni siquiera le había dado medicamentos para aliviar el dolor, estaba demasiado ocupado gastándose el dinero en el casino.

—¿Fue entonces cuando te hiciste la cicatriz?

Loukas asintió, pensando en lo extraño que debía de sonar todo aquello para ella.

—Sí —respondió enfadado.

No había visto el arma y, al principio, ni siquiera había sentido que le rasgaba la piel.

—Lo único bueno que salió de aquello fue que lo metieron en la cárcel, así que ya no pudo seguir robando a mi madre. Aunque, de todos modos, ya era demasiado tarde.

—¿Qué quieres decir?

—Que murió esa misma semana, justo cuando a mí me daban el alta del hospital —admitió, con expresión de dolor—. Entonces encontré todos sus documentos y supe por qué nunca había querido hablarme de mi padre. Como he dicho, nunca supo elegir bien, y no me sorprendió enterarme de que mi padre la había maltratado. Aunque lo más interesante que descubrí fue que tenía un hermano gemelo.

—¿Un hermano gemelo? —repitió Jessica con los ojos muy abiertos.

Él asintió.

—Alek había crecido con mi padre y había tenido una niñez muy distinta a la mía. Conseguí encontrarlo y nos vimos en París.

Después de aquel encuentro, Loukas había decidido dejar atrás el pasado y había deseado vivir de un modo diferente. Entonces pensó que Jess había sido su principal fantasma del pasado.

—¿Y cómo descubriste que tenías un gemelo? ¿Por qué no te lo había contado tu madre?

—Porque mi padre era un hombre poderoso —le contestó—. Y mi madre había huido de él. Además, no podía ocuparse de dos bebés, por eso decidió dejar a Alek.

—¿Cómo? ¿Cómo tomó esa decisión?

Él sacudió la cabeza.

—Ahora no importa. Supo que no podría volver atrás y decidió cortar con aquella parte de su vida para siempre y fingir que nunca había ocurrido. Y, si te soy sincero, casi puedo entenderla. Era mejor apartarse de todo aquello que enfrentarse al hecho de que había dejado a su otro hijo con un cruel tirano.

—Oh, Loukas.

Alargó la mano como para acariciarle la mejilla, pero él la agarró de la muñeca con fuerza, giró su palma hacia arriba y pasó la lengua por ella sin apartar la mirada de su rostro.

—No quiero tu compasión, Jess —le dijo—. No es ese el motivo por el que te lo he contado.

Ella tembló.

—Entonces, ¿por qué me lo has contado?

Loukas lo pensó. La pregunta era más bien por qué no se lo había contado hasta entonces, aunque se dio cuenta de que era porque se había sentido avergonzado. Avergonzado de las circunstancias que lo habían forjado. Había querido que aquella inglesa fría y elegante lo aceptase por su presente, no por su pasado.

Pero Jessica no lo había aceptado. Aun así no había sido lo suficientemente bueno para alguien como ella. Nunca lo sería.

No respondió a su pregunta, solo la miró fijamente a los ojos. Recordó cómo le había dicho Jessica, en un susurro, que lo quería y, durante un breve tiempo, la había creído. Pero hablar siempre era fácil. Su madre le había dicho que lo quería muchas veces, pero después lo había dejado solo.

—¿Por qué me rechazaste?

Ella se mordió el labio antes de contestar.

—Porque… porque pensé que me habías pedido que me casase contigo por caballerosidad, porque era lo que debías hacer. Para salvarme de la ira de mi padre.

—Es la primera vez en mi vida que me llaman caballero —comentó él con ironía—, pero tengo la sensación de que no estás siendo del todo sincera, Jess. Tal vez lo que querías era proteger tu fortuna de un hombre que no tenía nada, que, tal vez, quería casarse contigo por los motivos equivocados.

Ella se ruborizó y Loukas no necesitó preguntarle más.

—Bueno, en parte, también —admitió ella.

Loukas dejó escapar una carcajada y se preguntó cómo era posible que aquello todavía le doliese.

No llevaba bien el dolor. Soportaba el dolor físico, eso sí, pero el dolor emocional le resultaba insoportable y había descubierto que la única manera de no sufrirlo era no implicándose. No permitiendo que nadie se acercase a él lo suficiente para hacerle sufrir. Pero con Jessica había bajado la guardia.

—¿Sabes algo? En cierto modo, me hiciste un favor. Me di cuenta de que el matrimonio no estaba hecho para alguien como yo.

—¿Por eso no tienes pareja? ¿Por eso vives en hoteles, en vez de tener un hogar de verdad?

—Me he acostumbrado a esta vida. No podría vivir de otra manera.

—¿Y no quieres tener hijos?

—¿Para qué querría traer hijos a este mundo tan duro?

—Ah.

Loukas tuvo la sensación de ver dolor en la mirada de Jess, como si le estuviese haciendo daño. Como si ella quisiera alargar la mano e intentar aliviar su dolor, pero él no necesitaba eso, no necesitaba su compasión. No quería que lo mirase como si fuese un puzle que quisiese resolver. Estaba bien como estaba. No quería hacerla sentir nada, porque la vida era mucho más sencilla sin sentimientos. Había un millón de cosas que no quería de ella, solo quería una.

La abrazó para poder sentir la suavidad y el calor de su piel. Tenía los labios separados y Loukas jugó con ellos unos segundos antes de besarla apasionadamente.

Y entonces pensó que aquello era lo único que quería de Jessica Cartwright.

Capítulo 8

Qué más daba un día. O una noche. Una noche, cuando lo que había querido Loukas era demostrarle todo lo que se había perdido.

Sexo.

Se le secó la garganta solo de pensarlo.

Una devastadora clase magistral de deseo y satisfacción.

Jessica no había dormido prácticamente nada y tenía que haberse sentido fatal por la mañana, pero lo cierto era que no se sentía fatal, sino viva. Era como si todos sus sentidos hubiesen explotado de repente. Los diamantes que el día anterior le habían pesado en el cuello esa mañana hacían que se sintiese mimada y decadente, y el corpiño del vestido ya no la asfixiaba. Era consciente de cómo se le ceñía a los pechos, levantándoselos y haciéndole recordar cómo se los había lamido Loukas en la habitación.

—Vaya —dijo el fotógrafo al verla subir a la góndola sin perder el equilibrio.

Tampoco le costó ningún esfuerzo poner expresión soñadora, era sencillo cuando en lo único que podía pensar era en el hombre cuyos ojos negros se habían nublado justo antes de besarla.

Pero los besos podían hacer que uno perdiese de vista la realidad y Jessica se recordó que lo único que había habido entre ambos era sexo. Loukas le había dejado claro que la vida lo había endurecido y que ya no pensaba en casarse ni quería tener hijos. Todo lo que le había contado acerca de su niñez hacía que Jessica fuese consciente de lo dura que debía de haber sido su vida. No le extrañaba que no hubiese querido hablar de su pasado antes.

Así que ella iba a tener que comportarse con madurez. Iba a tener que aceptar a la persona que era Loukas y, si la noche anterior era la única que podían compartir, también iba a aceptarlo. No habría lágrimas. Ni arrepentimiento. Ni mucho menos recriminaciones. Había tenido una oportunidad mucho tiempo atrás y no la había sabido aprovechar, la única culpable era ella.

En aquella ocasión, Loukas no estuvo viendo cómo hacían el reportaje fotográfico, le había dicho que tenía que trabajar antes de marcharse de su habitación al amanecer. Jessica suponía que no había querido que nadie lo viese salir de allí, ya que la situación podría complicarse si el personal se enteraba de que el presidente de la empresa se estaba acostando con la modelo.

Ella se pasó todo el día dejándose fotografiar, pero la sensación de frialdad fue solo un recuerdo lejano. Después del traje de noche se puso un fino traje de seda blanco, de pantalón ancho y chaqueta. El collar de diamantes había sido sustituido por unos pendientes también de diamantes y, como guiño a su anterior carrera, le habían puesto una muñequera de tenista hecha con una hilera de diamantes que brillaba discretamente en su muñeca. La última parte del reportaje la hizo con un minivestido y botas de agua, en el centro de una plaza de San Marcos inundada y, a pesar de tener la piel de los brazos de gallina, no sintió frío. Patti le fue dando sorbos de café caliente y pequeños trozos de cruasán. Los turistas se acercaron a mirarla y no le importó, y cuando el director artístico dio por finalizada la jornada, se sintió satisfecha consigo mismo. Había hecho lo que tenía que hacer. Les había dado lo que querían. Les había demostrado, y se había demostrado, que era capaz de cambiar.

Volvieron todos juntos al hotel mientras anochecía y al llegar Loukas estaba bajando por las escaleras. Jessica se preguntó si alguien lo habría avisado de que iban de camino y se le aceleró el corazón al verlo moverse, tan moreno y vital, captando la atención de todo el mundo. Se acercó a hablar con el director artístico y ella se apretó el chal de cachemir contra el cuerpo al notar cómo se le erguían los pezones bajo la suave tela. Tenía miedo de que alguien se diese cuenta y adivinase el motivo. Después de una breve conversación, Loukas recorrió el lugar con la mirada hasta encontrarla y a Jessica se le aceleró el corazón todavía más al ver que atravesaba la recepción en su dirección.

—Parece que hoy te has superado a ti misma —comentó Loukas, esbozando una sonrisa.

Ella sonrió e intentó ignorar el repentino anhelo que tenía dentro. Intentó convencerse de que solo se sentía así porque Loukas era un hombre masculino y poderoso.

—Gracias —le respondió.

—Me dan ganas de preguntarte qué ha cambiado desde ayer —murmuró—, pero me parece que ambos sabemos la respuesta, ¿verdad, *koukla mou*?

Ella levantó la barbilla.

—¿Pretendes que te elogie por ello?

—No es necesario, ya lo hiciste anoche. ¿Te gustaría repetirlo, por si se te ha olvidado?

—No, gracias —contestó ella en tono tenso.

Patti y el resto del equipo iban en dirección al ascensor, probablemente a hacer las maletas, y ella se sintió triste al darse cuenta de que todo había terminado. No quería que terminase.

—Supongo que será mejor que vaya a recoger mis cosas.

—¿No quieres que tú y yo nos quedemos un día más, para tener la oportunidad de visitar la ciudad como es debido?

Jessica lo fulminó con la mirada.

—¿Qué te pasa, Jess, no te atrae la idea?

—No es eso. Seguro que tienes… que trabajar.

—Soy el jefe. El trabajo puede esperar, mientras que yo…

El tono sugerente y apasionado de sus palabras hizo que Jessica tuviese claro lo que estaba pensando, pero hacía tanto tiempo que no tenía una relación sexual con nadie que se le había olvidado que la primera norma era mantener la naturalidad.

—¿Qué? —susurró.

—No quiero esperar —terminó él—. Y no pretendo hacerlo. Todavía te deseo. Te deseo tanto que en estos momentos estoy excitado solo porque te tengo cerca. Tan excitado que estoy deseando arrancarte esos pantalones para poder acariciarte.

Loukas había bajado la voz para que solo ella pudiese oírlo, pero, no obstante, Jessica miró a su alrededor por miedo a que alguien lo hubiese oído o hubiese podido interpretar el lenguaje corporal de ambos.

—Loukas —le dijo, pero la voz le salió ronca, sonó a invitación en vez de a protesta.

Él sacudió la cabeza.

—Una noche no ha sido suficiente. Ni mucho menos. Llevaba ocho años esperándote. No he podido olvidarte, por muchas mujeres que hayan pasado por mi cama, Jess. ¿Te ha ocurrido a ti lo mismo? Supongo que sí, porque anoche estabas loca por mí. Loca —le dijo con voz aterciopelada.

Ella quiso llevarle la contraria. Aplacar lo que estaba sintiendo antes de que creciese. Era un mecanismo de supervivencia que había utilizado en el pasado. Sabía que lo mejor era conformarse con la noche anterior. Una única e increíble noche que no se iba a repetir. Porque era fácil ser objetivo con una noche, pero si había más podría tener problemas.

Separó los labios para decirle que no, pero algo en la expresión de Loukas se lo impidió. Jessica no supo si había sido la repentina dulzura de su mirada, que le recordó al hombre que había conocido años atrás, antes de que la vida lo hubiese endurecido todavía más.

Porque había algo en esa mirada que estaba tocando una parte de ella que creía muerta hacía mucho tiempo, y a Jessica le sorprendió que Loukas no hubiese adivinado el motivo por el que había estado tan loca por él la noche anterior. No solo porque no había estado con ningún otro hombre desde que él había salido de su vida, sino porque Loukas le hacía sentir. Le hacía sentir felicidad y un intenso placer. Le hacía sentir amor.

Se mordió el labio. En el pasado no habría podido quedarse allí un día más porque Hannah habría estado en casa, esperándola, pero en esos momentos nadie la esperaba ni se preocupaba por ella. Podía pensar que estaba sola, o también podía pensar que era libre. Podía verlo de manera positiva o negativa, solo dependía de ella.

—De acuerdo —dijo—. Sería una pena haber venido hasta aquí y no conocer la ciudad.

Él sonrió.

—Eso mismo he pensado yo.

Las manos le temblaban cuando subió a su habitación a ponerse unos pantalones vaqueros, un jersey y un chubasquero. Casi se alegró de que el día estuviese gris y lluvioso, para poder ponerse ropa normal. La ropa que solía llevar en casa, que le hacía sentirse ella misma.

Volvió a reunirse con Loukas en recepción y salieron del hotel, pero, después de dar un breve paseo por las estrechas calles, la llevó a un oscuro bar.

—Necesitas tomar algo —le dijo con firmeza—. Hoy no has comido, ¿verdad?

—Son casi las cuatro, Loukas. No nos van a dar de comer ahora.

—Lo sé, pero Venecia es una ciudad preparada para este tipo de circunstancias —le contestó mientras la obligaba a sentarse en una silla y le hacía un gesto al propietario del local—. Vas a tomarte una copa de vino local, que aquí llaman *ombra*, y vas a comer unos *cicchetti*, que son una especie de aperitivos. ¿Ves? Unos platos pequeños con marisco, verduras y polenta. Venga, Jess, relájate. Estás demasiado tensa.

Luego añadió en voz baja:

—Finge que es anoche y que te estoy besando.

Ella lo miró y Loukas se preguntó en qué estaría pensando. Sintió que luchaba consigo misma, y con él, y tal vez fuese aquello lo que lo atraía tanto, que se resistiese.

Apretó la mandíbula. No entendía que, a aquellas alturas, no hubiese caído rendida a sus pies. Estaba acostumbrado a que una noche de sexo bastase para que cualquier mujer lo adorase y, dada su historia pasada, Jess tenía que haber caído ya en sus redes, pero aquello era lo que tenía Jess. Cuanto más te acercabas a ella, más parecía alejarse, y lo único que conseguía aquello era avivar su instinto cazador. Loukas le dio un sorbo a su copa de vino. ¿Sería aquel el motivo por el que la deseaba tanto? ¿Porque Jessica guardaba las distancias siempre, salvo cuando estaban haciendo el amor?

Ella bebió también mientras miraba a su alrededor.

—Tengo la sensación de que conoces bien Venecia —comentó.

—Así es. Estuve aquí un tiempo, aunque la primera vez que vine lo

hice con los bolsillos vacíos.

—¿Y cómo sobreviviste?

Él se encogió de hombros.

—Siempre hay trabajo si uno está dispuesto a cualquier cosa, y yo lo estaba. Estuve en muchas ciudades de Europa y me fijé un objetivo: pasar seis meses en cada lugar y sentirme tan cómodo en ellas como si siempre hubiese vivido en ellas.

—¿Y tenías alguna táctica para conseguirlo?

—No creo que quieras oírla.

Jessica se ruborizó.

—Supongo que… a través de las mujeres.

Loukas se encogió de hombros.

—Ya te he dicho que no te gustaría.

—No me molesta lo más mínimo.

—Mentirosa —respondió él, inclinándose hacia delante para darle un beso en los labios—. ¿Quieres seguir viendo Venecia?

Ella asintió y Loukas tomó su mano y la guio por el canal. Jessica tenía las manos frías y, a pesar de ser unas manos fuertes, de tenista, él pensó que entre las suyas parecían frágiles y pequeñas. Luego se dijo que no estaba acostumbrado a hacer aquellas cosas. No solía pasear de la mano con ninguna mujer, ni enseñarles las iglesias y plazas más recónditas de la ciudad, descubriendo su belleza con ella, como si fuese la primera vez que las veía.

El cielo se oscureció por completo y las luces de las farolas empezaron a brillar. Las calles desiertas tenían aquel ambiente mágico que tanto gustaba a los directores de cine. Estaba pensando en llevarla a cenar cuando Jessica tiró de su manga.

—¿Has oído eso? —le preguntó.

Él frunció el ceño y negó con la cabeza.

—Escucha —le dijo, poniéndose un dedo en los labios.

Loukas solo oía el sonido del agua y el eco de una música lejana.

—No oigo nada.

—Shhh. Otra vez.

Entonces lo oyó. Era el grito de un niño. Se puso tenso, alerta, y empezó a avanzar en dirección al sonido. Jess respiraba rápidamente a su lado y entonces vieron a un niño que lloraba, parecía asustado.

Jess intentó correr hacia él, pero Loukas la agarró del brazo.

—Espera. Ten cuidado —le dijo en voz baja.

—¿Que tenga cuidado? —preguntó ella—. ¿Qué dices, Loukas? Si es solo un niño.

—Pero podría ser una trampa. Es un método muy conocido para atracar a los turistas. Utilizan a los niños para atraerlos.

—Me da igual —replicó ella enfadada—. Me arriesgaré a que me roben unos euros. Quiero ayudarlo. ¡Suéltame!

Loukas la siguió hacia el niño, que los miró asustado.

—*Aiutami* —dijo—. *Aiuto*.

Loukas se sintió culpable y se agachó a su lado.

—Yo te ayudaré —le respondió también en italiano—. ¿Dónde están tus padres?

—¡No lo sé! —respondió el niño llorando.

Jess lo abrazó como si fuese la cosa más sencilla del mundo y a Loukas se le encogió el corazón al ver cómo tranquilizaba al pequeño, cómo lo escuchaba.

—Dice que los ha perdido de vista, que ha oído que lo llamaban y ha echado a correr —le tradujo él—, pero no los ha visto y está asustado.

—No me extraña —comentó ella, acariciando el pelo rizado del niño —. Venecia es una ciudad preciosa de día, pero, siendo un niño, tiene que ser horrible perderse en ella de noche. Dile que lo vamos a ayudar a encontrar a sus padres.

Loukas asintió, ayudó a levantarse al niño y le habló despacio, tranquilo, antes de volver a girarse hacia ella.

—Le he explicado que vamos a llevarlo a la comisaría —le dijo—. Y que seguro que encontramos a sus padres allí, esperándolo. Vamos, Jess. Quiere que le des la mano. Ah, y se llama Marco.

—Marco —susurró ella mientras el niño se aferraba a sus caderas y volvía a llorar.

Capítulo 9

Pobre niño —dijo Jessica mientras encendía una de las lámparas e iluminaba la habitación con un tenue brillo dorado—. Estaba completamente aterrorizado.

—No me extraña —contestó Loukas, cerrando la puerta a sus espaldas—. Perderse en Venecia con siete años es toda una experiencia.

—¿Crees que estará bien?

—Por supuesto. ¿Y tú? ¿Estás bien?

Jessica asintió y sonrió, intentando transmitir una seguridad que en realidad no sentía. Habían vuelto al hotel y estaban en su habitación, donde los esperaba una botella de champán, cortesía de los padres de Marco Pasolini, a los que se habían encontrado en la puerta de la comisaría. Al verlo, la madre había llorado, lo había cubierto de besos y le había reprendido al mismo tiempo. Y el padre les había ofrecido la casa de vacaciones que tenían en Sicilia y su yate.

Después de tantas emociones, Jessica estaba agotada. La experiencia le había afectado más de lo normal y tenía la sensación de que no debía estar allí, con Loukas. De repente, pensó que lo ocurrido la noche anterior con él era algo de lo que debía arrepentirse y, en esos momentos no supo qué hacer. Se preguntó si Loukas volvería a desnudarla, como había hecho la noche anterior. Esperaba que no. Se sentía tímida e inexperta, incapaz de estar a la altura de sus expectativas.

Pensó en cómo había reaccionado Loukas, instintivamente, al oír gritar al niño. Había pensado que podía ser una trampa.

—Estoy bien —repitió, quitándose la chaqueta y dándose cuenta de que le temblaban las piernas. Se sentó en una silla y lo miró—. ¿Por qué has pensado que Marco podía ser un señuelo? Me ha parecido una reacción muy fría y cínica.

Él rio con amargura.

—Porque he sido guardaespaldas demasiados años y estoy acostumbrado a sospechar de todo. Es algo con lo que he aprendido a vivir. Cuando uno trabaja con uno de los hombres más ricos del mundo, la amenaza puede llegar de cualquier parte. Es algo que aprendí por las malas. Aprendes a no confiar en lo que ves, a no creer en lo que oyes, a que nada es lo que parece.

—Me parece una manera muy triste de vivir la vida.

Él arqueó las cejas.

—¿Prefieres ver la taza medio llena, en vez de medio vacía?

Ella asintió.

—Más o menos.

—También podría decirse que así tienes menos posibilidades de llevarte una decepción. Si no tienes demasiadas expectativas, no te pueden hacer daño —comentó, mirándola a los ojos—. Por cierto, que has estado genial con el niño.

Jessica tuvo la sensación de que había sorprendido a Loukas.

—¿No lo esperabas?

Él se encogió de hombros.

—Nunca pensé que fueses una mujer con instinto maternal.

—No sé si lo he sido siempre, pero es algo que tuve que aprender —le contestó—. Porque tuve que convertirme en madre sustituta de mi hermanastra.

—¿La niña pequeña que siempre te escondía el cepillo del pelo? —preguntó él—. ¿Hannah?

Jessica sonrió, sorprendida de que Loukas se acordase.

—La misma. Cuando mi padre, nuestro padre, y su madre fallecieron, tuve que cuidar de ella. No me quedó otra alternativa.

—Seguro que sí, pero decidiste hacerlo. ¿Cuántos años tenía?

—Diez.

—¿Y tú? ¿Dieciocho?

Ella asintió y pensó en lo guapo que estaba con Venecia de fondo. Las persianas estaban levantadas y la basílica de enfrente estaba iluminada.

—Sí —respondió—. Tenía dieciocho años. Las autoridades quisieron meterla en una casa de acogida, pero yo luché porque se quedase conmigo. No…

—¿No qué?

Jessica dudó. Eran cosas que solía guardar para sí misma, siempre lo había hecho. Era un poco como Loukas, se sentía más segura con una barrera a su alrededor que contuviese las emociones, pero en esos momentos se sentía…

No sabía cómo. No se sentía como Jessica Cartwright, de eso estaba segura.

—No quería dejarla marchar. No porque la quisiera, porque creo que al principio no la quería. Nuestra relación nunca había sido fácil. Ella era la hija adorada de dos personas que estaban enamoradas, mientras que yo era la oveja negra de la familia, la hija del primer matrimonio, un matrimonio que no había salido bien, que jamás debía haber tenido lugar. Al menos, eso es lo que, en una ocasión, oí que mi padre le decía a mi madrastra. Aunque también creo que Hannah envidiaba un poco que yo fuese tenista. Solía esconderme el cepillo

del pelo y, en ocasiones, la raqueta. Incluso me tiró el pequeño amuleto que yo llevaba a todas partes, y mi padre me dijo que los campeones no necesitaban amuletos, sino solo técnica y determinación.

—Entonces, ¿por qué luchaste tanto por quedarte con ella?

—Porque estaba sola y estaba sufriendo mucho —respondió Jessica —. ¿Cómo no iba a ayudarla?

Aunque no le había sido fácil, porque ella también se había sentido sola y también había sufrido. Había echado de menos a su padre. Había echado de menos su carrera. Y a Loukas. Lo había echado de menos más de lo que jamás habría imaginado.

Se dio cuenta de que tenía frío. Se estaba abrazando con fuerza y deseó no haberse quitado la chaqueta. Sobre todo, porque Loukas la estaba mirando de arriba abajo.

—¿Por qué no te das un baño? —le sugirió este.

Ella se puso en pie.

—Buena idea —dijo, yendo hacia el cuarto de baño.

Mientras se metía en la bañera, pensó que Loukas no la había tocado desde que habían vuelto al hotel. Tal vez se hubiese dado cuenta de que su historia era demasiado complicada para tener una aventura juntos.

Los sentimientos que Jessica tenía por él ya estaban cambiando. Había empezado a importarle lo que Loukas pensase de ella. Había empezado a buscar emociones en sus ojos oscuros. Y aquello era una pérdida de tiempo. Loukas había sido sincero con sus motivos para querer hacerle el amor de nuevo. ¿Qué sentido tenía querer convertirlo en algo que no era?

Se quedó dentro del agua mucho tiempo, el suficiente para que se le arrugasen las yemas de los dedos. El suficiente para que Loukas se aburriese de esperarla y se marchase.

Cuando habían estado con el pequeño Marco, había creído ver en él al niño que había sido y la tristeza que había conocido. Y Jessica había pensado en que podían haber tenido un hijo juntos, pero Loukas no quería tener hijos, se recordó. También le había dejado aquello muy claro.

Se peinó, se puso un albornoz enorme que había colgado de la puerta y salió descalza a la habitación, donde vio a Loukas sentado en uno de los sillones, dormido. Tenía los ojos cerrados y el rostro relajado. De fondo sonaba música clásica.

Ella se quedó inmóvil, sin saber si debía despertarlo o no, pero entonces lo vio parpadear y mirarla a los ojos.

—Hola. ¿Ha ido bien el baño?

Jessica asintió, tenía un nudo en la garganta que le impedía hablar porque aquella era una situación demasiado… doméstica. Íntima. A

pesar de que esa era una intimidad que jamás habían compartido.

Oyó que llamaban a la puerta y se sobresaltó.

—Es el servicio de habitaciones —le explicó Loukas.

—Yo no he pedido nada.

—Tú no, pero yo sí. ¿Por qué no te metes en la cama, Jess? Pareces agotada. Y no me mires como si fuese el lobo malo, *koukla mou* —añadió sonriendo—. Soy perfectamente capaz de estar en la misma habitación que tú y no intentar devorarte.

Ella asintió e intentó entender sus propias emociones. No había querido sexo, o tal vez sí. Pero Loukas parecía más preocupado por la cena que por eso.

Se quitó el albornoz y se metió rápidamente en la cama, donde se sintió maravillosamente.

Y se dijo que no tenía hambre, pero devoró una sopa de verduras y un sándwich de queso. Cuando terminó, se volvió a apoyar en los almohadones de la cama y escuchó la música de los violines.

—¿Ya estás mejor? —le preguntó Loukas.

—Mucho mejor —respondió ella, bostezando—. No sabía que te gustase la música clásica.

—¿Soy demasiado bruto? ¿Pensabas que preferiría el heavy metal?

—Más o menos —respondió sonriendo.

—¿Por qué no cierras los ojos, Jess? Deja de luchar contra el sueño. Pareces exhausta.

Su voz la acunó y Jessica deseó preguntarle qué estaba planeando, pero le pesaban mucho los párpados y se preguntó contra qué estaba intentando luchar. Se quedó adormilada, pero notó cómo cedía el colchón con el peso de Loukas al meterse en la cama. Este la abrazó y ella se dio cuenta de que también estaba desnudo. ¿Significaría eso que quería sexo?

—Loukas —balbució.

—Shh —le dijo él, apagando la lámpara y abrazándola de nuevo.

Debió de quedarse dormida, porque cuando despertó vio que su almohada estaba poyada en el hombro de Loukas y ella tenía los labios muy cerca de su mandíbula. Le dio un beso, no pudo evitarlo. Él murmuró algo y puso una mano en su trasero mientras apoyaba la otra en su nuca y la acercaba para darle un beso.

Fue un beso dado casi a cámara lenta, como si tuviesen todo el tiempo del mundo. Como si fuese la primera vez que se besaban de verdad. Y tal vez lo fuese. Jessica recorrió la boca de Loukas con su lengua y lo sintió sonreír. Oyó que murmuraba con satisfacción mientras ella lo seguía besando. Notó su cuerpo caliente y apoyó las puntas de los dedos en su pecho, para ir bajando después muy poco a poco, pero él le agarró la mano al llegar al vientre.

—No, todavía no —le dijo—. Estoy tan excitado que casi no me va a

dar tiempo ni a ponerme un preservativo.

Jessica tragó saliva.

—Pero lo vas a hacer, ¿verdad?

—Sí, aunque no sabes cuánto me gustaría sentirte sin que nada se interpusiese entre nosotros. Piel con piel. Y plantar mi semilla en tu cuerpo.

Sus palabras la excitaron, como debía de haber sido su intención. Jessica pensó que aquella era la técnica de Loukas, era un poco como jugar al tenis. Parecía un acto profundo, emotivo, muy íntimo, pero solo se lo parecía a ella. No debía dejarse llevar. Tenía que controlar.

Pero era difícil hacerlo mientras él le besaba los pechos lentamente, casi con ternura. O cuando la ayudó a colocarse encima de su cuerpo y le murmuró dulces palabras en griego. Como Loukas no encendió la luz, Jessica pensó que podía dejarse llevar, ya que él no la vería. Así que enterró los dedos en su pelo grueso y le dijo que era muy guapo. Y él se puso tenso un instante, pero solo un instante, hasta que ella empezó a balancearse sobre su cuerpo.

—Jess —gimió.

Nunca lo había oído decir su nombre así.

Jessica dejó de pensar y sintió cómo todo su cuerpo se ponía tenso.

Y lo peor fue que deseó que Loukas no se hubiese puesto preservativo.

Capítulo 10

Son unas fotografías increíbles —comentó Gabe Steel—. Creo que es la transformación más asombrosa que he visto en todo el año.

Loukas estudió las fotografías que cubrían el escritorio del dueño de la agencia y se impregnó de las imágenes que lo miraban desde ellas. Jamás había imaginado ver a Jessica Cartwright así. Sacudió la cabeza. ¿Quién lo habría pensado? Él no había presenciado el segundo día del reportaje y, aunque sabía que las fotografías habían salido bien, no había imaginado algo así. No parecía la misma Jess que iba vestida con ropa clásica, en tonos crema y marrón, que llevaba el pelo recogido en una cola de caballo. La misma Jessica a la que le habían temblado las piernas el primer día que había subido a la góndola.

Se le cerró la garganta.

Lo único que rompía el blanco y negro de las fotografías eran sus labios rosas y el lazo de Lulu que brillaba junto a sus pies. La mirada de Jessica estaba clavada en la cámara.

Pero en las imágenes había mucho más que belleza o un aire de fragilidad. Jessica era la imagen personificada de la sensualidad. La irradiaba por todos los poros de su cuerpo. Estaba en todos sus gestos, en la expresión de sus labios. Era la fantasía de cualquier hombre hecha realidad. Su novia adolescente había crecido.

—¿Cómo lo ha hecho? —preguntó Gabe, mirándolo.

Loukas no respondió a pesar de saber que no habría pasado nada si le hubiese contado la verdad.

Lo cierto era que él tampoco había esperado que el sexo fuese tan bueno. Había pensado que, después de volver a tenerla en sus brazos, se daría cuenta de que había mujeres que eran mucho mejores amantes que Jessica Cartwright. Había intentado convencerse de que la había idealizado, pero lo cierto era que el sexo con ella había sido increíble. El tiempo que había pasado a su lado había estado en un constante momento de excitación.

¿Era ese el motivo por el que la había convencido para que se quedasen allí unos días más?

¿Por qué había hecho que una noche se convirtiese en dos, y en tres? Había pretendido volver a Inglaterra el día después de haber conocido a Marco y a sus padres, pero algo se lo había impedido y Loukas quería pensar que había sido el sexo. No obstante, sabía que había habido algo más, la certeza de que aquella relación no podría

sobrevivir a la fría luz de la realidad. Una cosa era una aventura en Venecia, donde uno podía dejarse llevar por el ambiente y la belleza de la ciudad, y otra muy distinta, la vida real en el Reino Unido.

Se dio cuenta de que Gabe seguía mirándolo, que estaba esperando a que respondiese a su pregunta.

—Supongo que ha crecido —dijo él sin más.

—Vamos a tener que sacar partido a esto —comentó Gabe—. Hay que lanzar la campaña con fuerza y enseñarle al mundo que esto va a ser muy grande…

Loukas asintió casi ausente mientras observaba la imagen en la que Jessica aparecía con el vestido blanco y negro y las botas de agua en la plaza de San Marcos. La cámara la había captado mirando hacia arriba, tal vez a un pájaro, se estaba riendo y, a pesar de ser toda una mujer, parecía tener dieciocho años otra vez. A Loukas se le encogió el corazón.

—¿Cómo? —preguntó con la voz ronca.

—Daremos una fiesta para la prensa, en el hotel Granchester, el lunes por la noche. Y nuestra nueva Jessica será la invitada de honor.

Loukas frunció el ceño.

—¿No es un poco precipitado?

—No, siendo un lunes, y siendo tú el anfitrión —respondió Gabe—. Es increíble la disposición que puede llegar a tener la gente cuando quien los invita es alguien influyente. Le pediré a Patti que se asegure de que Jessica tiene qué ponerse.

Se quedó pensativo.

—Un vestido, y alguna de las mejores joyas de la colección, pero no diamantes. Buscaremos algo diferente en esta ocasión.

—Zafiros —decidió Loukas, imaginándose el contraste del color de las piedras con el brillo aguamarina de sus ojos y sintiendo que se le ponía la piel de gallina—. Llevará mis zafiros.

Jessica se miró al espejo. Llevaba un vestido azul y las joyas brillaban en la noche. Se llevó la mano al pelo y vio en el espejo cómo sus dedos tocaban un pequeño broche de diamantes y zafiros.

Un ruido la sobresaltó y el corazón se le aceleró al ver a Loukas a través del espejo.

—Estás preciosa —le dijo este.

Ella cerró los ojos y se estremeció mientras él le daba un beso en el hombro desnudo.

—¿De verdad?

—Ya sabes que sí. No hace falta que me lo preguntes.

Pero ahí era donde se equivocaba. Jessica necesitaba preguntárselo porque todavía se sentía como si estuviese disfrazada. Todavía se

sentía vulnerable, en especial, desde que habían vuelto a Inglaterra y Loukas la había convencido de que se quedase en Londres. Le había dicho que era una locura no utilizar la suite que tenía en el lujoso hotel Vinoly mientras continuaban disfrutando el uno del otro. Le había dicho aquello mientras pasaba un dedo por su pecho desnudo, así que Jessica no había podido decirle que no.

Pero no se sentía cómoda. Loukas iba al trabajo todas las mañanas y, a pesar de que ella aprovechaba todo lo que la ciudad le ofrecía, se sentía como un pez fuera del agua. Tenía la sensación de estar esperando todo el tiempo, de estar esperándolo.

Y Loukas le parecía… diferente. Contuvo un suspiro. No estaba segura de por qué pensaba aquello. ¿Era su manera de hacerle el amor más fría que en Venecia o era fruto de su imaginación? No era un tema que pudiese sacar sin ofenderlo, quería… Se miró en el espejo mientras él continuaba besándola en el hombro… No sabía lo que quería, solo que era poco probable que ocurriese. Tuvo la sensación de que, para él, aquello ya se había terminado, que había empezado la cuenta atrás.

Pero no iba a permitir que Loukas se percatase de sus inseguridades ni de sus miedos. Iba a ser valiente, era algo que se le daba bien. Así que cuando levantó los labios de su hombro fue capaz de sonreír tanto que casi se convenció a sí misma de que era feliz. Pensó en la velada que tenía por delante y lo miró con nerviosismo.

—Entonces, ¿lo único que tengo que hacer esta noche es charlar con la gente y moverme por el salón?

—Eso es. ¿Por qué no practicas conmigo? —le respondió él en voz baja—. Gírate.

—Loukas, no deberías…

—¿El qué?

—Besarme ahora —le dijo casi sin aliento—. Se me estropearía el pintalabios.

—Qué pena.

Y la acalló con un beso tan apasionado que Jessica tuvo que volver a pintarse los labios después.

No obstante, el comportamiento de Loukas durante el breve trayecto hasta el Granchester hizo que aumentasen las inseguridades de Jessica. Nadie habría adivinado que eran pareja porque Loukas no hizo ningún gesto que hiciese adivinar que tenían algo más que una relación laboral. No la tocó ni tomó su mano. No hubo sonrisas cómplices que pudiesen indicar que compartían cama. Aquella noche ella era su empleada y él, el jefe, y Jessica pensó que su relación siempre había estado en secreto.

Un ejército de fotógrafos esperaba fuera del hotel y ella mantuvo la sonrisa mientras los flashes la cegaban. Sabía que no estaban allí solo

para ver las joyas, sino para satisfacer la curiosidad acerca de su nueva imagen. Tenían la esperanza de encontrar algún fallo en ella, porque a la prensa le encantaba presenciar un fracaso…

En el interior, colgadas de las paredes, estaban las fotografías que le habían hecho en Venecia. Cuando se acostumbró a verse por todas partes pensó que se veía muy diferente. Y no era solo por el corte de pelo o porque llevaba más maquillaje de lo habitual. No era ni siquiera por el vestido y los diamantes, con los que estaba irreconocible. Era el brillo de sus ojos, como si estuviese manteniendo el secreto más bello del mundo.

Y Jessica se dio cuenta, sorprendida, de que parecía una mujer… si no enamorada, a punto de estarlo.

Pero la cámara mentía, estaba segura.

Apartó aquellos pensamientos de su mente e intentó comportarse con naturalidad. Habló con un par de mujeres que trabajaban para revistas de moda y le presentaron a un hombre que escribía una columna diaria para un conocido periódico, pero a pesar de parecer segura de sí misma, le resultó imposible relajarse, en especial, porque Loukas estaba en la otra punta del salón y no se había acercado a ella en toda la noche.

No se atrevió a comer por miedo a estropearse el pintalabios y el único sorbo que le dio a una copa le resultó tan fuerte que se le subió a la cabeza. «Este no es mi mundo», pensó desesperada. Nunca lo había sido.

Aliviada, vio a Patti y se acercó a ella para charlar un rato. Estaba empezando a relajarse por primera vez en toda la velada cuando levantó la vista y vio a Loukas charlando muy concentrado con una morena. Había estado hablando con otras mujeres, por supuesto, pero con aquella parecía tener una conversación más… íntima.

La mujer llevaba un vestido llamativo y muy corto. Él tenía la cabeza inclinada hacia delante para escucharla y Jessica se puso tensa al verlo reír. Patti debió de darse cuenta de lo que ocurría, porque giró la cabeza y sonrió.

—Sí. Es impresionante, ¿verdad? Y es francesa. Era abogada, pero empezó a escribir en prensa y ahora es una de las periodistas mejor pagadas del país. La vida es muy injusta, ¿verdad?

«No se lo preguntes», pensó Jessica.

Pero no pudo evitarlo.

—¿Y se conocen bien?

Patti sonrió.

—Sí. Me parece que fueron amantes durante un tiempo en París.

—¿De verdad?

Intentó contener los celos y se dijo que no podía permitir que aquello le estropease la noche. Más tarde, en el coche, de camino al

hotel, fue capaz de hablar con naturalidad y de mostrarse satisfecha cuando Loukas le comentó que todo el mundo estaba muy contento con ella.

Al llegar a la puerta de su habitación, Loukas le puso la mano en la cintura.

—Eh, ¿no quieres venir a la mía? —le preguntó.

—Esta noche no. Estoy muy cansada —dijo ella, forzando una sonrisa.

—¿Y? ¿No te he demostrado ya que soy capaz de dejarte dormir aunque te tenga desnuda a mi lado y me vuelvas loco de deseo?

—¿Quién era esa mujer? —inquirió Jessica de repente.

Loukas arqueó las cejas.

—Esta noche había muchas mujeres, Jess.

—La morena con el vestido corto.

—Ah, sí, Maya —respondió él sonriendo—. Se llama Maya.

Jessica abrió la puerta con el corazón acelerado y entró en la habitación. Loukas la siguió.

—¿Por qué? ¿Estás celosa? —continuó como si aquello no tuviese ninguna importancia.

—No.

—Mentirosa —añadió riendo—. Estás celosa. Lo veo en tu cara.

Aquello la alarmó. Se suponía que Loukas no tenía que ver nada en su rostro porque lo que mejor se le daba del mundo era ocultar sus sentimientos detrás de una fría máscara. ¿O no? Si Loukas empezaba a ver cosas en sus ojos, como que sentía celos, no tardaría mucho en ver más. Sentimientos que Jessica estaba intentando ocultar porque sabía que no tenían ningún sentido. Como que Loukas todavía le importaba a pesar de saber que su relación no tenía futuro. O como que estaba volviendo a enamorarse de él.

Y entonces se le ocurrió una idea que intentó apartar inmediatamente de su mente. Sabía que Loukas era un hombre despiadado. Él mismo se lo había dicho. Y Jessica se preguntó si se habría esforzado en que volviese a enamorarse de él para después poder hacerle lo que ella le había hecho muchos años atrás.

—Ya te he dicho que estoy muy cansada.

El rostro de Loukas se ensombreció.

—¿Es Maya el motivo de tu frialdad? ¿Tan malo te parece que hable con una examante si me la encuentro en un acto social? ¿Qué habrías querido que hiciera, Jess? ¿Habrías preferido que le dijese que lo sentía, pero que estoy acostándome con alguien que quiere tenerme atado corto?

Ella negó con la cabeza y se dijo que estaba siendo una tonta, pero aquello no la ayudó. El mundo de Loukas era aquel, un mundo lleno de sofisticadas examantes con las que se encontraba en las fiestas y

después hacía como si no importase. Porque no importaba. A él no le importaba. Un hombre no conseguía fama de playboy quedándose en casa todas las noches. Los playboys tenían relaciones. Muchas. Los playboys eran conocidos por no sentar nunca cabeza, y ella tenía que aceptar aquello. En ocasiones, no había una segunda oportunidad. Con Loukas, no había una segunda oportunidad.

—Por supuesto que no —le dijo—. No tiene ningún sentido, no sé qué me ha pasado.

Él tomó su barbilla para que lo mirase a los ojos.

—¿Qué podemos hacer para que te sientas mejor?

A pesar de que no le resultó nada fácil, Jessica sonrió porque era lo que se esperaba de ella. Utilizó la sonrisa coqueta con la que sabía que conseguiría convencerlo de que había tenido un lapsus, pero que todo volvía a estar bien.

Aunque no era cierto. Se sentía como si estuviese al borde de un precipicio que había empezado a desmoronarse y como si en cualquier momento fuese a perder el equilibrio y caer, salvo que tuviese la sensatez de retroceder.

Se dijo que aquello no iba a ir a ninguna parte. Lo había sabido desde el principio. Así que lo mejor era retroceder antes de que fuese demasiado tarde.

Lo abrazó por el cuello y lo atrajo hacia ella. Loukas rio suavemente y le bajó la cremallera del vestido. Jessica cerró los ojos y se estremeció al notar sus dedos en la piel.

«Solo una vez más», se dijo.

Una noche más.

Capítulo 11

A la noche siguiente, cuando Loukas volvió del trabajo, se había marchado y lo único que quedaba de ella era una nota. No le sorprendió. La noche anterior había sido maravillosa, pero el beso de despedida de aquella mañana había sido extraño, triste. Y en esos momentos tuvo la sensación de haber notado también algo en su voz al decirle adiós.

No había necesitado leer la nota para saber que Jessica no tenía pensado volver.

La miró fijamente.

Gracias.

¿Por qué exactamente? ¿Por el trabajo o por el sexo?

Lo pasé estupendamente en Venecia y me alegro de que las fotografías fuesen un éxito, pero echo de menos Cornwall y mi jardín allí me echa de menos a mí.

Cuídate, Loukas.

Jess

Ni siquiera le mandaba un beso, solo había dibujado una de esas estúpidas sonrisas, y Loukas arrugó el papel con la palma de la mano. Jessica lo había dejado. Le había dado la espalda. Otra vez. Era arrogante y altiva. Y él no necesitaba aquello.

Se acercó al bar y se sirvió un vodka que bebió de un solo sorbo, como Dimitri le había enseñado a hacer.

Pero el licor no tuvo el efecto esperado. No calmó la ira que había empezado a crecer en su interior. No evitó que desease agarrarla con fuerza y… ¿qué?

¿Acostarse con ella?

Sí. Hizo una mueca. Eso era lo que quería.

Era lo único que quería.

Fue de un lado a otro de su habitación y se preguntó por qué aquella noche le parecía como una jaula a pesar de lo lujosa que era. ¿Sería que se había acostumbrado a tener a Jessica al otro lado del pasillo? ¿Cómo era posible que hubiese ocurrido aquello en tan poco tiempo?

Entonces se dio cuenta de que no había sido poco tiempo. Nunca había podido olvidarla.

Se obligó a concentrarse en el trabajo y se perdió en las negociaciones necesarias para abrir una tienda de Lulu en Singapur. Y hubo otra buena noticia que tenía que haberlo ayudado a no pensar en Jessica Cartwright. Su equipo de ventas le informó de que la venta de sus piedras preciosas en el establecimiento de Londres había subido un veinticinco por ciento después con la publicidad de San Valentín, así que tenían pensado utilizar la misma en todo el mundo.

Fue al gimnasio todas las noches, lo que agotó su cuerpo, pero su mente seguía corriendo. Rechazó varias invitaciones a cenas y se dedicó al trabajo.

Pero el mundo seguía girando a su alrededor y la prensa seguía loca. Gabe Steel lo llamó para decirle que había recibido muchas llamadas de periodistas desde que había salido el anuncio de Jess para preguntarle si esta estaba dispuesta a dar alguna entrevista, ya fuese en prensa escrita o en televisión, y si iba a hacer alguna campaña más.

—Se supone que íbamos a hacer solo este reportaje —le contestó Loukas.

—Lo sé, pero sería una locura no aprovechar el tirón —le dijo Gabe —. El problema es que nadie la ha podido localizar. No responde al teléfono ni a los correos electrónicos. Estaba pensando en mandar…

—No, no te molestes. Yo mismo iré —le interrumpió Loukas.

Ya había colgado el teléfono cuando se dio cuenta de que a Gabe no le había resultado extraño que el dueño de la empresa fuese en busca de una modelo.

Partió temprano, cuando el sol estaba empezando a salir y las carreteras estaban vacías, salvo algún que otro camión. Hacía mucho tiempo que no había estado en Cornwall y le trajo recuerdos de una vida diferente. Recordó la primera vez que había estado allí. Su jefe ruso había tenido grandes terrenos en la zona, además de un barco amarrado en Padstow. El verano que Loukas había pasado allí había sido el mejor de toda su vida. Para un chico que había crecido en las bulliciosas calles de Atenas, Cornwall había sido como otro mundo. Salvaje y bello. Apartado de todo. Con el ambiente cargado de sal y el olor a mar. Las carreteras empezaron a estrecharse y atravesó pintorescos pueblos pensando en lo poco que había cambiado todo aquello.

Y el instinto lo guio automáticamente hasta un lugar en el que no había estado desde hacía ocho largos años. La mansión de los Cartwright todavía se veía desde la distancia, cual brillante ciudadela contra el cielo azul del invierno, con sus parteluces y sus altos tejados, y los jardines bordeados de lavanda que llegaban hasta el acantilado. A un lado, donde el terreno era más llano, estaba el camino que había dado a la cancha de tenis, desde donde había visto entrenar a Jess.

Pero cuando llamó a la puerta le abrió una mujer de unos treinta

años, con un niño pequeño escondido entre las piernas. La mujer sonrió y se tocó el pelo al verlo.

—¿En qué puedo ayudarlo?

Él frunció el ceño mientras se preguntaba quién podía ser.

—Estaba buscando a Jess, Jessica.

—¿Cartwright?

—Eso es.

—Ya no vive aquí, sino en una casa pequeña que hay al final del camino de los acantilados, la que tiene la chimenea torcida, ¿sabes cuál es?

Loukas no sabía cuál era, pero asintió y le dio las gracias a la mujer. Después aparcó el coche en el pueblo y se dijo que iba andando porque le apetecía hacer ejercicio, no porque no quisiese que Jess lo viese llegar.

Aunque no era del todo cierto. No entendía por qué se había mudado Jess. ¿Para simplificarse la vida, o porque la casa era demasiado grande para su hermanastra y para ella?

La casa actual era muy pequeña. Llamó a la puerta con fuerza, pero no obtuvo respuesta y, de repente, se preguntó qué iba a hacer si Jess se había marchado de allí. Podía estar en cualquier parte. Loukas se dio cuenta de que no sabía nada de su vida. Se había imaginado que había continuado igual, mientras que la suya había cambiado. Le había sido más fácil seguir enfadado con la chica rubia de clase alta que con la persona que era en realidad.

Dio la vuelta a la casa y la vio allí, atacando la tierra desnuda furiosamente con una pala. Al principio, no lo oyó y él se quedó mirando su trasero, enfundado en unos vaqueros, y disfrutando de la gracia de sus movimientos.

Entonces debió de oírlo, o de sentirlo, porque se giró bruscamente y por su rostro pasaron todo tipo de emociones tan rápidamente que a Loukas no le dio tiempo a descifrar ninguna, salvo la última, que era de evidente antipatía. No era bien recibido allí.

Jessica se apoyó pesadamente en la pala, como si necesitase hacerlo, y preguntó:

—¿Qué estás haciendo aquí?

—*Parakalo* —respondió él con ironía—. Yo también me alegro de verte.

Ella esbozó una fría sonrisa.

—Lo siento, me ha sorprendido encontrarte ahí tan de repente —añadió, mirándolo con las cejas arqueadas—. ¿A qué has venido?

Esa misma pregunta se había hecho él durante las cuatro horas y media que había durado el viaje, pero no había conseguido encontrar una respuesta que lo satisficiese.

—No respondes al teléfono. Ni a los correos electrónicos.

Ella se llevó un dedo a los labios y golpeó estos suavemente, como si estuviese considerando su acusación.

—No creo que eso esté incluido en mi contrato.

—Tal vez no —respondió él, empezando a enfadarse—, pero tampoco me parece que sea tan extraño que queramos ponernos en contacto contigo, ¿no?

—¿Queramos, en plural?

—Zeitgeist —añadió Loukas, preguntándose qué demonios le pasaba a Jess.

¿Por qué estaba siendo tan testaruda? Y tan fría. Habían pasado prácticamente una semana manteniendo la relación más íntima que un hombre y una mujer podían mantener.

—Y Lulu —continuó—. Ya sabes, esos que te dan trabajo.

—Me dijeron que iba a ser solo un reportaje —respondió ella, agarrando el mango de la pala—. De hecho, me lo dijiste tú.

—Tal vez me precipité.

Jessica lo miró a los ojos.

—Ojalá todos tuviésemos derecho a enmendar nuestros errores, Loukas.

Él frunció el ceño. No quería que hubiese aquella barrera impenetrable entre ambos.

—La campaña ha sido todo un éxito.

—Ah, la campaña —dijo ella sonriendo.

—Nos han hecho muchas propuestas de entrevistas, para la prensa y la televisión…

—A mí también —replicó Jessica—. Tengo el contestador lleno de mensajes a pesar de que lo vacío todos los días.

—¿Y no respondes a ninguno?

—La verdad es que empecé a hacerlo, pero después cambié de opinión —le contestó, cerrándose la chaqueta—. Me está entrando frío de estar aquí parada.

—Entonces, ¿por qué no entramos y me agasajas con tu legendaria hospitalidad inglesa?

Jessica dudó al oír sarcasmo en su voz, pero no fue capaz de decirle que no. El problema era que no quería decirle que no. Quería saber qué hacía Loukas allí. Y, sobre todo, quería que la besase, ahí estaba el peligro. Lo había echado tanto de menos que había estado sufriendo mucho y, después de verlo, su corazón estaba todavía peor. Sabía que tenía todas las de perder y que la presencia de Loukas allí no iba a ayudarla a largo plazo, pero no podía darle la espalda cuando había ido hasta allí a verla.

—Será mejor que entremos —dijo.

Loukas la siguió hasta la cocina y Jess lo vio mirar a su alrededor mientras ella ponía agua a calentar. ¿Qué pensaría del aparador con

su ecléctica colección de tazas, o el corcho lleno de postales que Hannah le había ido enviado en sus viajes? ¿Estaría comparando aquello con su enorme, pero fría, habitación del Vinoly?

El viento lo había despeinado e iba vestido con unos pantalones más desgastados que los suyos, que hicieron que Jessica volviese a ver al hombre que había sido, un enorme guardaespaldas que la observaba cuando jugaba al tenis. No obstante, los recuerdos no eran de fiar, ya que siempre pintaban el pasado tan bien que uno quería volver. Y eso era imposible. El pasado era el refugio de los perdedores que no podían con el presente, y ella no iba a ser uno de esos perdedores.

Preparó té y llevó la bandeja al pequeño salón que tenía vistas al Atlántico. Pensó en encender la chimenea, pero descartó la idea porque Loukas no iba a quedarse mucho tiempo.

—¿Y? —le preguntó, dejando una taza decorada con estrellas en la pequeña mesa que había junto a uno de los sillones.

Loukas no se sentó, se acercó a la ventana y se quedó allí, mirando el mar. La silueta de su cuerpo era oscura y poderosa, y muy intimidante.

Se giró hacia ella con el ceño fruncido.

—¿Te mudaste porque la casa era demasiado grande?

Ella pensó en contestarle que sí, pero supo que no podría seguir escondiéndose detrás de una fría máscara y pensar que eso la iba a proteger. Las máscaras no evitaban que uno desease cosas que jamás podrían hacerse realidad. Ni evitaban que a uno le doliese el corazón cuando se enamoraba del hombre equivocado.

—No —dijo—. Me mudé porque tenía que hacerlo. Porque mi padre tenía muchísimas deudas, de las que no supimos hasta después de su muerte en la avalancha.

Él entrecerró los ojos, pero no hubo ni rastro de emoción en su rostro. Y Jessica se alegró de que no hubiese reaccionado como solía reaccionar la gente, diciendo perogrulladas que no significaban nada y que la hacían sentirse todavía peor. Tal vez fuesen más parecidos de lo que ella había pensado. O tal vez, después de haber entrado en el oscuro mundo de la muerte y las deudas, Loukas se sintiese en terreno conocido.

Por fin se sentó en el sillón.

—¿Qué ocurrió?

Ella lo vio tomar la taza de té y darle un sorbo.

—Como todo el mundo, mi padre contaba con que yo ganaría un Grand Slam, o tres. Era muy ambicioso —admitió, encogiéndose de hombros—. Dicen que los padres son los mejores y los peores entrenadores.

—A ti no te gustaba mucho —comentó Loukas.

A Jessica le sorprendió aquello. Eran pocas las personas que

pensaban eso y muchas menos las que se habrían atrevido a decirlo. Y lo más sencillo habría sido negarlo, pero mantuvo la barbilla levantada y desafiante y lo miró a los ojos.

—¿Te sorprende?

—Hay muy pocas cosas que me sorprenden en esta vida, *koukla mou*.

El apelativo cariñoso en griego la reconfortó en un momento en el que se sentía vulnerable, pero intentó no dejarse influir por él. Se aclaró la garganta.

—Lo hizo lo mejor que pudo. Hizo lo que pensaba que estaba bien, pero nunca me permitió tener una vida normal.

—¿Por qué no te sublevaste?

Jessica se dio cuenta de que la pregunta iba mucho más allá de los entrenamientos, tomó una cerilla y la echó en la chimenea llena de papeles porque, de repente, tenía frío. Porque en ocasiones era más sencillo hacer lo que te mandaban que pensar por sí misma. Así, si todo salía mal, podías echarle la culpa a otra persona. Y aquello era duro de admitir, incluso a sí misma.

—Hubo muchos motivos por lo que no me enfrenté a él, pero supongo que lo que quieres saber es por qué no fui más fuerte en lo relacionado a ti. Por qué permití que mi padre nos separara.

Tuvo la sensación de que Loukas contenía la respiración, pero no pudo mirarlo. No se atrevió. Porque tenía miedo a quitarse la máscara y ver que Loukas sentía repulsión del rostro que había debajo.

Aunque no era necesario, echó madera al fuego.

—Pensé que éramos demasiado jóvenes para casarnos, y mi carrera era demasiado importante.

—Pero esa no es la única razón, ¿verdad, Jess?

Hubo una pausa.

—No. Yo había tenido una niñez inestable. Mis padres se habían separado cuando yo era muy pequeña. Mi padre había abandonado a mi madre por una mujer más joven a la que ya había dejado embarazada, de Hannah, y mi madre nunca lo superó. Yo tuve que convivir con su vergüenza y su amargura, que no dejaban espacio a nada más.

Tomó su taza de té y la sujetó con ambas manos.

—Cuando falleció, fui a vivir con mi padre, y entonces empecé a jugar al tenis. Al menos tenía algo en lo que creer. Algo en lo que podía perderme, pero a mi madrastra no le gustaba que mi padre me dedicase tanto tiempo y Hannah también estaba celosa de la atención que yo recibía —le explicó, riendo con nerviosismo—. Tal vez lo esté haciendo parecer peor de lo que era, pero era…

—Horrible —la interrumpió Loukas.

Y Jessica tuvo que contener las lágrimas causadas por su

comprensión.

—Por aquel entonces, yo ya había aprendido a ocultar mis sentimientos —continuó—. Era una táctica muy útil en las canchas de tenis. Pronto, dejé de saber cómo ser de otra manera. Aprendí a bloquear mis emociones, a no permitir que nada ni nadie me afectase. ¿Lo entiendes?

—Creo que sí.

—No quería hacer promesas que no pudiese cumplir —añadió—. Y el matrimonio era una institución en la que no creía.

Pero había habido más. Su instinto le había dicho que Loukas era un hombre que había tenido poco amor y que necesitaba que lo amasen de verdad. Y ella se había visto incapaz.

—Hay más —le dijo él—. Algo que no me estás contando.

—Pensé que me dejarías —respondió ella muy despacio.

—¿Como tu padre había dejado a tu madre?

—Era tan joven —susurró.

Loukas la miró y empezó a hablar despacio, como si estuviese expresando sus pensamientos.

—Me gustaría decirte que mis sentimientos no han cambiado, pero eso sonaría extraño, y sería mentira, porque por supuesto que lo que siento es distinto.

A ella le temblaron los labios.

—¿Sí?

Él asintió.

—Todavía me importas, *koukla mou*. Sigues siendo la mujer que hace que se me encoja el corazón, aunque tengo la sensación de que no eres consciente.

—¿Qué quieres decir? —susurró Jessica.

Loukas abrió la boca para hablar, pero el instinto de autoprotección lo llevó a ser cauto.

—Quiero decir que tengo la sensación de que lo nuestro no está… zanjado. De que tal vez deberíamos volver a intentarlo. ¿Qué nos lo impide?

Jessica dejó la taza y se quitó la pinza que le sujetaba el pelo para dejárselo suelto antes de sacudir la cabeza.

—Muchas cosas. Vivimos en mundos diferentes, para empezar —le respondió—. Siempre fue así, pero ahora, todavía más. Yo soy una chica de campo, que vive de manera sencilla. Si hice la sesión de fotos, fue solo para poder pagarme esta vida. El resto del tiempo, no soy esa persona.

—No pretendo obligarte a formar parte de Lulu —le dijo él con impaciencia—. No se trata de eso.

—No me entiendes, Loukas —le dijo ella, señalando algo en lo que Loukas no se había fijado hasta entonces.

En un rincón del salón había una pequeña mesa. Sobre ella, una tela con exquisitos bordados. Parecía un cielo cósmico, lleno de planetas y estrellas sobre el fondo oscuro.

—¿Lo has hecho tú?

—Sí.

—Es precioso —comentó Loukas automáticamente.

—Gracias. Se ha convertido en algo más que un pasatiempo y he vendido varias piezas a través de una tienda en Padstow. Me gusta bordar, la jardinería y, ahora que Hannah no está aquí, incluso estaba pensando en tener un gato. Así es como soy. Tú, por tu parte, vives de manera permanente en un hotel y tienes chófer. Tienes una suite de lujo en el centro de Londres y permites que otras personas te lo hagan todo. Somos polos opuestos, Loukas. Tú no tienes un hogar de verdad y, al parecer, no deseas tenerlo. Y eso es lo que yo más quiero en el mundo —admitió con voz temblorosa—. Un hogar de verdad.

Capítulo 12

Loukas no respondió inmediatamente. Era más sencillo ver cómo el Atlántico golpeaba las rocas a lo lejos y escuchar el chisporrotear del fuego, que tener que enfrentarse a lo que Jess le acababa de decir. Nunca había sido tan sincera y Loukas se dio cuenta de lo difícil que aquello tenía que haber sido para ella. Y él, que no quería enseñar todas sus cartas, decidió proceder con cautela.

—¿Y si te digo que si no tengo un hogar es porque no sé lo que es eso? —empezó—. ¿Y que el concepto en sí nunca me ha interesado lo suficiente como para averiguarlo?

—Ves, tenía razón. Tú mismo has respondido a tu pregunta.

—Pero podrías enseñarme —continuó, como si Jessica no lo hubiese interrumpido.

Ella lo miró con incredulidad, como si esperase que Loukas se echase a reír en cualquier momento, pero no estaba riendo, estaba muy serio.

—Yo tengo la sensación de que esta cosa que hay entre nosotros no se ha terminado —añadió él.

—¿Esta *cosa*?

—No te obceques con las palabras, Jess. Recuerda que soy griego.

—Jamás lo olvidaría —respondió ella, metiéndose un mechón de pelo detrás de la oreja—. Y no entiendo lo que quieres decir.

Loukas se encogió de hombros.

—Que podría mudarme aquí contigo y ver si soy compatible con esta vida.

Jessica se echó a reír.

—Pero si eres un playboy internacional.

Él esbozó una sonrisa.

—Eso sería negociable.

—Y tienes un trabajo.

—También tengo un ordenador y un teléfono, y la capacidad de delegar —contestó Loukas, mirándola fijamente—. Y hace mucho tiempo que no me tomo unas vacaciones.

Jessica se miró las uñas, confundida. Tenía la sospecha de que lo que motivaba a Loukas era más la ambición que cualquier emoción. Había dicho que la cosa que había entre ambos no se había terminado, y era un hombre al que no le gustaba dejar cabos sueltos. Tal vez lo que había entre ambos era solo atracción, y tal vez Loukas contase con

que esa atracción se terminaría y él podría marcharse de allí.

Pero Jessica se preguntó qué ocurriría si lo dejaba marchar. ¿Se arrepentiría después durante el resto de su vida? Tenía una nueva oportunidad. Tal vez, si permitía que Loukas entrase en su vida, el pedestal en el que lo tenía se derrumbaría y ella quedaría libre por fin.

—Si te dijese que sí —le contestó—, podría terminarse en cualquier momento.

—No te puedo garantizar…

—No, Loukas —lo interrumpió—. No te estoy pidiendo que hagas promesas. Estoy intentando ser práctica porque soy una persona práctica.

Respiró hondo antes de continuar:

—Si cualquiera de los dos quiere que se termine, en cualquier momento, tendremos que ser capaces de hacerlo. Sin preguntas. Ni autopsias. Con una sonrisa y un sencillo adiós.

A él le brillaron los ojos.

—Esto me está empezando a gustar.

—Eso pretendía —dijo ella.

Loukas se levantó y atravesó la habitación, y Jessica casi pudo sentir la testosterona que irradiaba su cuerpo.

—Me gustas mucho —le dijo Loukas—, pero si esto va a ser un acuerdo práctico, y mutuo, yo también tendré que poner alguna condición, *koukla mou*.

—¿Como cuál? —preguntó Jessica casi sin aliento.

—Vamos a jugar a las casitas, pero no a sentirnos obligados por las normas de la casa. No vamos a fichar cada vez que entremos o salgamos, y no te enfadarás si algún día llego tarde a cenar.

—Pero es posible que tú seas quien haga la cena y yo, la que llegue tarde.

—Es posible —repitió él con los ojos brillantes—. Siempre y cuando no intentes cambiarme. Ah, y tampoco quiero que utilicemos el sexo como arma, ni como instrumento negociador.

—Tengo la sensación de que has tenido muy malas experiencias con las mujeres.

—¿Eso piensas? —preguntó él en tono cínico—. Yo diría que es lo normal cuando uno es rico y atractivo, además de bueno en la cama. Y, antes de que empieces a hacer muecas, te diré que estoy intentando ser sincero. Y, si vamos a ser justos, tal vez debería preguntarte si tú también has tenido malas experiencias con los hombres.

Jessica no había esperado aquella pregunta y, por lo tanto, no estaba preparada para responderle que no había estado con ningún otro porque siempre había estado enamorada de él.

Así que se limitó a sonreír.

—Pensé que íbamos a divertirnos, y a dejar atrás el pasado.

—De acuerdo —respondió Loukas, ayudándola a levantarse y a mirarlo a los ojos—. Te deseo, Jess.

—Vamos arriba, a la cama —susurró ella.

Loukas negó con la cabeza.

—No quiero ir a ninguna parte. Cierra las cortinas.

Ella lo hizo, con manos temblorosas, luego se giró de nuevo hacia él.

—Loukas.

Fue lo único que pudo decir antes de que este empezase a acariciarla y a quitarle el jersey. Ella lo ayudó con la cazadora de piel y le desabrochó los pantalones vaqueros para acariciarlo. Estaba tan excitado que Loukas le apartó la mano.

—No, espera.

Se los quitó él mismo y, una vez que ambos estuvieron completamente desnudos ante las llamas de la chimenea, añadió:

—Ahora.

Jessica, que estaba sin aliento, lo vio ponerse un preservativo muy despacio. Después se tumbaron, él encima, y la hizo gemir al penetrarla y todavía más al moverse en su interior. Hasta que se detuvo y ella protestó.

—Loukas…

—Abre los ojos —le ordenó él—. Abre los ojos y mírame.

Ella obedeció a regañadientes e intentó convencerse de que todas las mujeres se sentían así de vulnerables cuando estaban en la cama con un hombre, aunque en realidad sabía que no era cierto. Que aquella sensación de que el corazón te iba a explotar, de felicidad, no era normal. Aquellas eran sensaciones asociadas al amor.

Pero Loukas no buscaba amor.

—Así está mejor —comentó él—. Dime qué es lo que te gusta, Jess. Qué quieres que te haga.

—Bésame —respondió ella, ya que era lo más parecido a pedirle que la amase.

Capítulo 13

Ten cuidado con lo que deseas.

Jessica estaba frente a la ventana de su habitación, observando a Loukas, que cortaba madera en el jardín. La imagen era cautivadora.

A ella se le secó la garganta. ¿Cuántas veces había deseado algo así? Había soñado con volver a tener a Loukas en su vida y en su cama, con la libertad de tener una relación abierta, como no la habían podido tener antes. Aquello tenía que haber sido estupendo. Tenía que haber sido casi perfecto.

Entonces, ¿por qué tenía tantas dudas y tan pocas respuestas?

Desde que Loukas se había mudado a su casa, se habían comportado como una pareja normal. Habían hecho la cena, habían ido a comprar, y al principio le había resultado extraño ver a Loukas en el supermercado local, entre los habitantes de Cornwall y algún turista ocasional. La gente lo había mirado con curiosidad, y no era de extrañar. Con la chaqueta de piel y los pantalones vaqueros su imagen era impresionante, alta e indomable.

Era evidente que se trataba de un hombre que venía de otro mundo. Un hombre que había conocido la violencia, el rechazo, el dolor y la desesperación, y todo aquello lo había marcado y lo diferenciaba de los demás. No era de extrañar que Jessica no se hubiese fijado en ningún otro.

Enseguida se había dado cuenta de que le gustaba tenerlo cerca. Le gustaba ser su pareja y hacer cosas con él. Y también le gustaba sentir su cuerpo, desnudo y caliente, al acostarse por las noches, y sus brazos alrededor de la cintura al despertar por las mañanas. Le gustaba saber que podían hacer el amor cuando quisieran.

Pero también era consciente de las sutiles barreras que los rodeaban. Nunca hablaban del futuro ni utilizaban la palabra «amor». Loukas se había adaptado bien, pero aquel seguía siendo el hogar de Jessica, no el suyo. Y lo cierto era que ella no se lo imaginaba viviendo allí toda la vida.

Además, a pesar de la intención de Loukas de delegar, su trabajo había ido requiriéndolo poco a poco. Primero había sido una llamada, y después se le habían empezado a acumular los correos electrónicos. Luego había continuado con las conferencias.

En esos casos, Jessica solía salir al jardín para dejarlo hablar.

Un día, después de una de aquellas llamadas, Loukas salió a

buscarla al jardín.
—¿Todo bien? —le preguntó ella.
—Sí, la llamada de trabajo ha ido bien, pero después me ha llamado mi hermano. Mi gemelo.
Ella se giró a mirarlo, consciente de que a Loukas todavía le resultaba extraño pensar que tenía un hermano, Alek Sarantos.
—¿Cómo está?
—Está bien, en Londres.
—Ah. Qué bien.
—Umm. Quiere que vaya a cenar con él. Y he pensado que voy a quedarme un par de días a trabajar —le dijo Loukas—. Podrías acompañarme.
Era cierto, podía acompañarlo, pero para ello tendría que pensar en qué ropa llevar, quedarse en el Vinoly mientras él trabajaba, o hacer visitas culturales con las que impresionarlo cuando volviese a casa.
De repente, vio cómo sería su futuro cuando se apagase la chispa inicial. Loukas empezaría a ir con más frecuencia a Londres y, cuando volviese, cada vez les costaría más volver a conectar. Después le anunciaría que quería mudarse permanentemente a la ciudad, y ella sabía que nunca iba a encajar en su vida allí.
—Necesitas pasar tiempo a solas con Alex —le contestó—. Yo me quedaré aquí.
—De acuerdo.
Y, en ese momento, deseó preguntarle qué sentía por ella, pero no se atrevió.
—¿Cuándo te vas a marchar? —preguntó en su lugar, mientras ambos volvían a entrar en casa.
—Ahora mismo, pero antes tengo que hacer algo.
—¿El qué?
Y Loukas la llevó al piso de arriba, al dormitorio, la desnudó y le hizo el amor mientras ella se sentía triste.
Al marcharse, la casa se quedó en silencio, vacía.
Y ella se mantuvo ocupada bordando, cuidando el jardín, haciendo pan y dando paseos por el acantilado.
Hannah la llamó para contarle que había conocido a un chico australiano, que era veterinario, en Bali.
Y Jessica deseó advertirle que no se enamorase de un hombre de tan lejos, porque eso significaría que casi no volvería a verla.
Pero se dijo a sí misma que no había que ser egoísta ni intentar cambiar a los demás en virtud de sus propias necesidades. Ese era también el motivo por el que nunca sacaba el tema del futuro con Loukas. Se preguntó si la estaría echando de menos, y si sabría lo mucho que lo echaba de menos ella.
Esa noche habló con él y el sonido de fondo, de risas y copas

chocando, la hizo sentirse muy sola. Y todo era por su culpa. Pensó que, si Loukas le hubiese sugerido que fuese con él, ya estaría reservando un billete, pero no lo había hecho. Tampoco le había dicho exactamente cuándo iba a volver.

—Pronto —le había asegurado.

Pero pronto no era una respuesta concluyente. Jessica tendría tiempo de darle vueltas a todo lo que la inquietaba. Tal vez el hermano de Loukas estuviese emparejándolo con una chica griega. O tal vez él se hubiese dado cuenta de que se quería quedar en Londres.

O quizás la echase de menos tanto como ella a él. También era una posibilidad. Una posibilidad que la asustaba. Y la emocionaba. La hacía sentirse como si estuviese flotando en el aire. Pensó en algunas de las cosa que Loukas le había contado, en que su madre siempre había puesto a sus novios por delante de él. Lo normal sería que él desconfiase de las mujeres en general, y que no quisiese mostrar sus sentimientos. Así que tal vez fuese el momento de hacer acopio de valor y demostrarle que lo quería. Tal vez tuviese que dejar de preocuparse por el miedo a ser rechazada y decirle que le importaba.

A la mañana siguiente le llegó un mensaje de Loukas en el que decía que volvía al día siguiente.

Jessica se levantó; todavía tenía la sensación de estar flotando. Limpió la casa de arriba abajo y barrió el camino. Fue a la tienda del pueblo y compró café, pan y vino. Y al llegar a casa cortó unas flores y las puso en un jarrón. Cuando Loukas llegase, le diría que lo había echado de menos. O le preguntaría si quería que ambos volviesen a Londres. Porque el hogar podía estar donde uno quisiese. Y tal vez a ella no le gustase demasiado Londres, pero preferiría vivir en Londres con él que en el campo sola. Quizás debiese demostrarle que podía adaptarse.

Se acababa de lavar las manos cuando sonó el teléfono. Era Patti, la estilista de Zeitgeist.

—Si me llamas para tomar un café, tendrá que esperar —le dijo ella —. Estoy en Cornwall.

—Ah, de acuerdo —respondió esta—. Jessica, supongo que te parecerá una locura, pero… imagino que no estará Loukas contigo, ¿verdad?

—¿Por qué iba a parecerme una locura? —le preguntó ella.

—Es que alguien en Lulu ha comentado que salíais juntos.

—No sé si yo lo llamaría así, pero, sí, Loukas está pasando unos días aquí.

—Así que funcionó —comentó Patti.

—¿El qué?

—No importa.

—Venga, Patti, no me dejes así.

Hubo un silencio.

—Me caes bien, Jessica. Me caes muy bien.

—Y tú a mí. ¿Qué ibas a contarme?

Otro silencio.

—¿Recuerdas cuando las fotos no salían bien, el primer día de Venecia?

—Sí, me acuerdo.

—Pues… el director artístico dijo que lo que necesitaban era a una mujer que acabase de tener sexo. Y al día siguiente las fotografías salieron perfectas y todo el mundo pensó…

—¿El qué, que Loukas se había tomado la sugerencia a pecho?

—Más o menos —respondió Patti, incómoda—. Y yo no quería decirte nada, pero… Bueno, es que tiene fama de mujeriego y no me gustaría que te hiciese daño. Lo siento. No tenía que haberte dicho nada.

—No, no te preocupes, Patti. Has hecho lo correcto. Me has contado algo que tenía que saber.

Después de aquella conversación, Jessica no fue capaz de hacer nada más. Loukas la llamó para decirle que iba de camino y ella se dejó caer en una silla.

Vio llegar su coche y lo vio salir de él. Su aspecto era tan imponente como siempre y Jessica se sintió…

Se reprendió. No iba a sentir nada. Era lo mejor.

Oyó cómo se abría y se cerraba la puerta y, de repente, lo tuvo delante.

—Hola, Loukas.

—Hola, Jess.

Loukas esperó a verla saltar de la silla y abrazarlo, pero no lo hizo. Jessica se quedó donde estaba, mirándolo con los increíbles ojos color aguamarina entrecerrados.

Su expresión era inescrutable.

—¿Has tenido un buen viaje?

—En parte, sí —respondió él.

Estuvo a punto de decirle que la había echado de menos, pero algo se lo impidió. Notó que Jessica se ponía tensa. Miró a su alrededor y vio el jarrón con flores, normalmente no se fijaba en ese tipo de detalles.

—¿Y qué tal está tu hermano?

—¿Es mi hermano el motivo por el que estás ahí sentada, tan tiesa? —le preguntó—. ¿Es el motivo por el que no me has dado un beso o por el que no parece que te alegres de verme?

—Me alegro mucho de verte.

—Mentirosa —le contestó—. O tal vez ya no se te dé tan bien ocultar tus sentimientos como antes. ¿Vas a decirme qué te ocurre,

Jess?

—Deja que te haga yo una pregunta, Loukas. ¿Te importaba mucho sacar a flote Lulu cuando la compraste?

Él se encogió de hombros.

—Por supuesto que sí, es natural. Soy un hombre de negocios y me gusta tener éxito.

Ella asintió, como si su respuesta corroborase algo que ya sabía, y luego cerró los puños con fuerza.

—¿Te acostaste conmigo solo para que saliese bien la sesión de fotos? —inquirió.

—¿Qué?

—Ya me has oído. No intentes inventarte una respuesta inteligente, solo dime la verdad.

—Al parecer, tú ya has decidido cuál es la verdad, sin molestarte en preguntarme primero —replicó él—. ¿De dónde demonios has sacado eso?

—No importa quién me lo haya dicho. Solo sé que el director artístico dijo que quería que pareciese que acababa de tener sexo, y…

Se ruborizó.

Aquello enfadó a Loukas.

—¿Y piensas que hice el sacrificio por el bien de la empresa? ¿Que te llevé a la cama para asegurarme de que las fotografías saldrían bien, Jess?

Ella abrió la boca y la volvió a cerrar, y después asintió vigorosamente.

—Sí. Eso es exactamente lo que pienso. Y estoy en lo cierto, ¿verdad, Loukas?

Él la miró fijamente y luego se echó a reír.

Capítulo 14

Jessica se sintió confundida. Miró a Loukas a los ojos y se preguntó cómo podía reírse en un momento así.

—¿Qué es lo que te parece tan gracioso? —le preguntó.

Él se había puesto serio.

—Tú —respondió—. No tienes precio. ¿De verdad piensas que soy capaz de acostarme contigo solo para conseguir una fotografía mejor? ¿Tan ambicioso me crees, Jess? ¿Y piensas que también lo habría hecho si no hubiese conocido a la modelo, o si me hubiese resultado físicamente repulsiva?

Ella lo fulminó con la mirada. ¿Cómo se atrevía Loukas a darle la vuelta al asunto?

—¡Durante la fiesta hablaste con muchas mujeres! —lo acusó—. Y lo sabes. Pero a mí me escondiste como si fuese un sucio secreto. Actuaste como si casi no me conocieses. ¡Como si fuésemos extraños!

Él frunció el ceño.

—Porque entonces pensaba que ninguno de los dos estábamos preparados para hacer pública nuestra relación. Y, sí, estuve hablando con otras mujeres, pero eso no significa que quisiese acostarme con ellas.

—¿Ni siquiera con Maya?

—¿Con Maya? —repitió él—. ¿Te refieres a mi examante? ¿Habrías preferido que no la hubiese saludado, que hubiese sido un maleducado? No es el comportamiento que se espera de una mujer elegante, como tú, Jess.

Su sarcasmo la molestó.

—Me contrataste por los motivos equivocados —lo acusó—, pero tengo la sensación de que el principal era que querías vengarte de mí. Que no me habías perdonado por todo lo ocurrido en el pasado. Y, por favor, no intentes convencerme de que me equivoco, ni de que me lo he imaginado. Sabes que es la verdad.

Hubo un silencio antes de que Loukas le contestase.

—Al principio, tal vez —admitió—, pero las cosas cambian, Jess, aunque tú parezcas no darte cuenta. Tengo que admitir que cuando nos reencontramos después de tantos años yo sentía una mezcla de ira y deseo por ti. Y, si te digo la verdad, pensé que iba a ser muy sencillo sacarte de mi mente.

—¿Acostándote conmigo?

—Sí. Acostándome contigo —confesó, riendo con cinismo—. Aunque en realidad quería hacer algo que no había podido olvidar, volver a tener sexo contigo. Y tú me rechazaste. No caíste rendida a mis brazos a pesar de querer hacerlo. Me obligaste a volver a conocerte y a darme cuenta de que…

—¿De qué?

—No importa —añadió con voz fría, sacudiendo la cabeza—. Nada importa. Ni siquiera, que te haya mimado…

—¿Que me has mimado?

—Sí. Te he tratado con guantes de seda —le dijo—. He sido cuidadoso. He puesto mi negocio en un segundo lugar y he venido aquí a vivir contigo porque sé que no te gusta Londres, pero no es suficiente, ¿verdad? Porque nada es suficiente para ti, Jess. Has tenido un motivo para pensar mal de mí, para desconfiar. Un motivo para echarme y volver a encerrarte en ti misma otra vez.

—Loukas…

—¡No! —exclamó con impaciencia—. No pretendo pasarme la vida pasando de puntillas a tu alrededor, mientras tú piensas mal de mí. Piensa lo que quieras creer, porque para mí esto se ha terminado.

Jessica lo miró y se preguntó qué estaba haciendo, estaba sacándose las llaves del coche del bolsillo para marcharse.

Se iba a marchar, para siempre.

—Loukas —volvió a decirle, horrorizada.

Pero él ya estaba abriendo la puerta y el helador viento de marzo había entrado en casa.

—¡Loukas! —gritó ella, siguiéndolo al exterior.

Pero si la oyó, no se giró. Arrancó el coche y se alejó.

Y Jessica se dejó caer en el suelo y enterró el rostro entre las manos, llorando.

Después de un rato, congelada, se puso lentamente en pie y vio el coche de Loukas aparcado en el acantilado.

No se había marchado.

Jessica empezó a correr hacia él mientras pedía en silencio que no se marchase de allí, que esperase y le diese otra oportunidad.

Casi sin aliento, llegó hasta donde estaba el coche. Loukas estaba sentado en él, inmóvil, mirando al frente hasta que Jessica golpeó la ventanilla y entonces giró la cabeza hacia ella.

—No te marches —le rogó—. Por favor.

Él no respondió, sacó la llave del contacto y salió del coche. La miró fijamente durante unos segundos y después sonrió.

—No iba a marcharme —le dijo—, no iba a ir a ninguna parte. Solo necesitaba tiempo para tranquilizarme. No quería decir algo de lo que después me podría arrepentir.

—Oh, Loukas.

Pero él la miró y supo que había necesitado saber si Jessica estaba dispuesta a ir detrás de él. Necesitaba que Jessica supiese que podía confiar en él porque, sin eso, no podía haber amor de verdad. Y ya no podía contenerse más.

—Porque lo que quería decirte era que te quiero, Jess —añadió—. Te quiero.

—Oh, Loukas —repitió ella, abrazándolo por el cuello—. Yo también te quiero, te quiero mucho y no he sabido demostrártelo.

—Pues hazlo ahora —le dijo él antes de darle un beso.

Se besaron hasta que ambos estuvieron sin aliento y cuando se separaron, los dos sonreían. Loukas la ayudó a subir al coche y le abrochó el cinturón, y luego llevó el coche hasta su casa.

La tomó de la mano y la llevó al interior. Preparó café, le apartó el pelo de la cara y solo cuando estuvieron sentados muy juntos en el sofá le dijo:

—Pero tenemos que aclarar algunas cosas antes de ir más lejos.

—¿Umm? —dijo ella, con la cabeza apoyada en su hombro.

—Sé que no eres una chica de ciudad, y no es necesario que lo seas porque yo lo único que quiero es casarme contigo y formar un hogar. Puedes decidir dónde quieres que esté ese hogar.

—Loukas…

—No, Jess —insistió él—. Escúchame. Quiero que sepas que no te estoy diciendo esto por lo que ha ocurrido antes. Quiero que sepas que llevo mucho tiempo dándole vueltas.

—¿De verdad?

—Sí. De hecho, he hablado de ello con mi hermano. Hemos hablado como no había hablado nunca con nadie, salvo contigo. Le he dicho que estaba enamorado de ti, pero que pensaba que tú tenías miedo, porque me apartabas de tu lado siempre que intentaba acercarme.

—¿Y qué te ha dicho él?

—Que, en el fondo, casi todas las personas tienen miedo al amor porque son conscientes de que pueden sufrir. Y de que en la vida no hay garantías.

—¿Quieres decir que no hay nada seguro?

—Absolutamente nada —admitió él—, pero ambos sabemos lo importante que es que esto salga bien. Los dos queremos que nuestra relación funcione más de lo que hemos deseado trofeos, dinero, casas o coches. Al menos, yo lo quiero.

—Y yo también —respondió Jess en un hilo de voz.

—Porque, al fin y al cabo, lo único que importa es el amor. Por eso quiero que seas mi esposa.

Se metió la mano en el bolsillo y sacó de ella una pequeña caja de Lulu.

—¿Ya me has comprado un anillo?

—Bueno, lo tenía fácil.

Loukas abrió la caja y Jessica parpadeó. Había esperado ver diamantes, pero dentro solo había la anilla de una lata de refresco.

Lo miró sorprendida.

—¿Y este es mi anillo de compromiso?

Él se encogió de hombros.

—Todo me parecía demasiado visto. Las aguamarinas hacían juego con tus ojos, y los diamantes, con tu belleza. Así que he decidido que elijas lo que tú prefieras.

—Pónmelo —le pidió.

Y Loukas le colocó la anilla de metal en el dedo mientras ella sonreía.

—No quiero tus diamantes —le susurró—. Solo te quiero a ti. Tu amor y tu compromiso. Los prefiero a cualquier joya del mundo. Y quiero que sepas que te quiero, Loukas Sarantos. Siempre te he querido y siempre te querré. Un diamante no es para siempre. El amor sí que lo es.

Epílogo

Estás contenta? —preguntó Loukas, mordisqueando el hombro desnudo de Jess.

Ella giró la cabeza y suspiró.

—Sí.

—¿Seguro?

—¿Cómo no iba a estar contenta? Eres mi marido y yo tu mujer. Y estoy embarazada.

A Jessica le brillaron los ojos de la felicidad y eso le gustó. Le gustaba conocerla tan bien y que ella le dejase ver cómo se sentía. Aunque no podían cambiar el pasado de un día para otro. Tenían cosas en las que trabajar.

Suspiró satisfecho mientras miraba por la ventana. Estaba empezando a amanecer en Grecia, en la isla en la que había nacido y de la que se lo habían llevado demasiado pronto para recordar sus playas blancas y su mar cristalino.

Kristalothos era uno de los lugares más bonitos que había visto y aunque al principio no había querido volver, porque simbolizaba una época triste de su vida, Jess lo había convencido de que le vendría bien para poder dejar atrás esa parte de su pasado.

El primer viaje lo había hecho con su gemelo, Alex, los dos solos. En el lugar en el que había estado la fortaleza en la que este último había vivido había en esos momentos un lujoso hotel, un lugar de luces, no de sombras. Los dos hermanos habían nadado y pescado, y habían hablado hasta muy tarde todas las noches.

Al volver a casa, Loukas le había contado a Jess que la isla era un paraíso y, cuando esta había sugerido pasar allí parte de su luna de miel, en la que iban a recorrer varias islas griegas, él había accedido.

Miró el anillo de platino y diamantes que brillaba en su dedo. Había sido una boda increíble, sobre todo, teniendo en cuenta que a él no le gustaban las bodas. Pero había querido tener la suya, hacer los votos y declarar al mundo entero que Jessica Cartwright era suya, siempre lo había sido y siempre lo sería.

Hannah había sido la dama de honor y Alek y su esposa, Ellie, los padrinos. El hijo de estos, que se llamaba Loukas, como su tío, había llevado los anillos.

Una de las primeras cosas que Loukas había hecho después de casarse había sido cancelar su contrato con el hotel Vinoly. Le había

dicho a Jess que estaba dispuesto a trabajar desde el campo todo lo que pudiese si ella quería quedarse allí, pero Jess había cambiado tanto como él y había accedido a vivir en Londres, siempre y cuando tuviesen un jardín.

Así que en esos momentos vivían en Hampstead, donde no solo tenían su propio jardín, sino también un enorme parque al lado.

—¿Y tú? —preguntó Jessica, interrumpiendo sus pensamientos.

—¿Qué?

—¿Estás contento?

Él sonrió, apoyó una mano en su vientre todavía plano y la miró a los ojos.

—Te quiero, Jess Sarantos —le dijo—. Te quiero más de lo que pensaba que se podía querer, y eres mi esposa. ¿Responde eso a tu pregunta?

—Sí —murmuró ella riendo mientras Loukas le acariciaba el vientre —. Umm, me gusta. ¿Qué vamos a hacer hoy?

—Más de lo mismo —respondió él antes de darle un beso—. Más de lo mismo.